

50 cénts.

DICIEMBRE DE 1914
::: VOLUMEN XII :::

AÑO IV



Biblioteca Tradicionalista

“VADE-MECUM DEL JAIMISTA,,

ANGEL TORRES

Gran Fábrica de Conservas

САНХОРРА (Logroño)

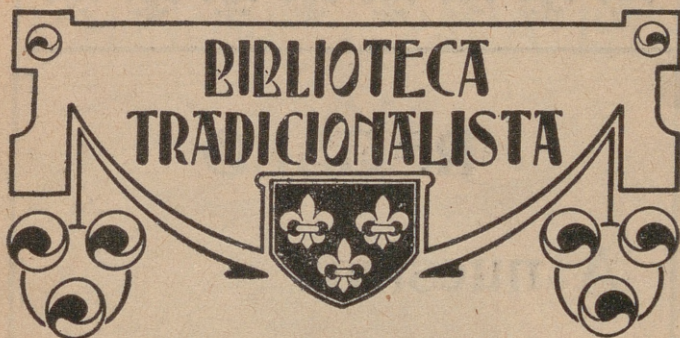
==== (Marca Basilio Torres) =====

Casa afiliada a la «Liga Antimasónica y Antisemita» para la defensa de los intereses católicos.

Esta casa provee de conservas de todas clases a casi todas las Ordenes religiosas establecidas en España, y mensualmente remite la cotización, en precios y clases.

Toda la correspondencia
al encargado de la venta

Don Angel Torres



Vade-Mecum del Jaimista
Publicación mensual de propaganda

Cada volumen 50 cénts.

Atrasado 75 »

:: :: TOMOS ATRASADOS :: ::

Año 1912, encuadernado 6 ptas.

» 1913, » 6 »

Administración y Redacción:

BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

Calle de Aragón, 252, pral. :: BARCELONA

R. 3211

R. 1823



REGALO

A nuestros suscriptores

Por durante los meses de Enero, Febrero y Marzo próximos, a cuantos de nuestros suscriptores *corrientes de pago* se dignen pedirnos obras de nuestra BIBLIOTECA, se les servirán con *el 25 por ciento de rebaja*, francos de todo gasto de remisión.



EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA 1915



J. Julgar
Claur.
1914.

BIBLIOTECA TRADICIONALISTA
BARCELONA

Véndese en todas las librerías de España

A nuestros lectores

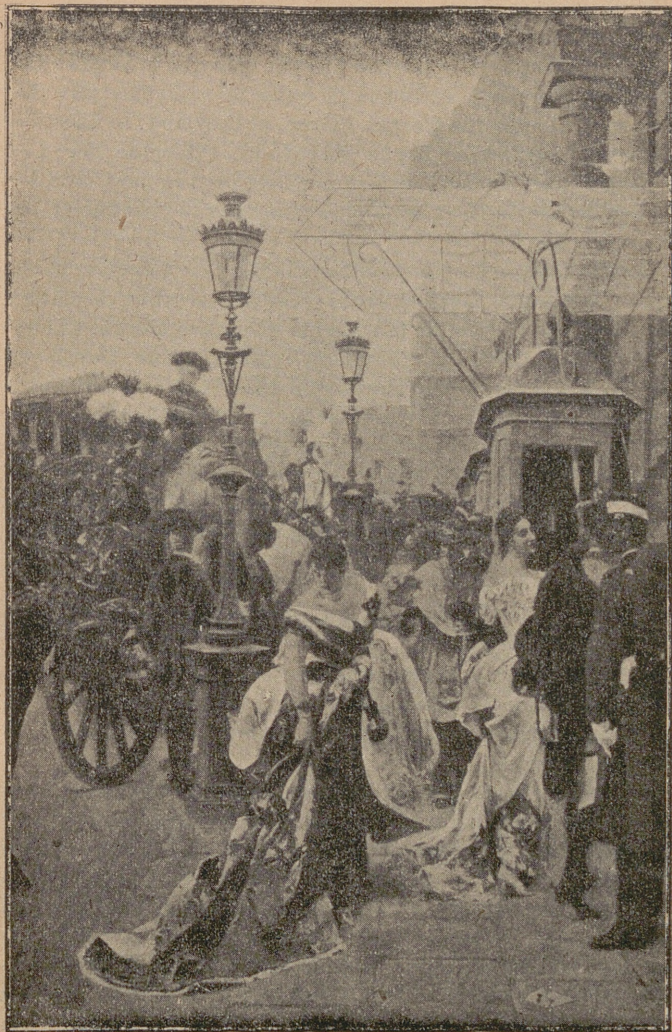
Nuestra determinación

Hace veinticinco años que nuestra pluma se mueve por y para el Tradicionalismo, *gratis et amore*. La convicción firmísima, el entusiasmo y el amor y el desinterés la movieron. Soldados leales de una Monarquía proscripta, fervientes defensores de quienes nada podían ofrecernos de material, de ellos recibimos afectos y pruebas de cariño, que hemos agradecido en el alma y que nos empujaron más y más por el camino del deber y de la lealtad, que no hemos de abandonar, con la ayuda de Dios, un solo instante de nuestra vida.

En los campos de la propaganda y de la prensa hemos hecho cuanto hemos podido desde niños. Durante veinticinco años, hemos depositado en el altar de la Tradición todo cuanto teníamos: nuestra salud, nuestras energías, nuestro dinero, nuestra tranquilidad y muchas veces el sosiego de nuestra familia, perturbado por procesos, persecuciones y encarcelamientos. Todo lo hemos sufrido con santa resignación y nuevamente lo ofreceríamos gustosamente si las circunstancias en favor de la Causa del Tradicionalismo lo demandaran. Del legitimismo español hemos hecho como una segunda religión, y a él no faltaremos mientras conserve nuestro corazón un aliento de vida, y a las órdenes de nuestro augusto Caudillo hemos de permanecer siempre, con deseos ardientes de trabajo y de triunfo.

Proclamemos, pues, nuestra fe inquebrantable de fervorosos tradicionalistas, que nuestras obras realizadas en veinticinco años de lucha incesante abonan y confirman...

Pero hoy, el cargo que ocupo me impone deberes ineludibles. Los distritos de Manresa-Berga, que me llevaron a la Diputación provincial me obligan a desarrollar allí una labor intensa, necesaria para el resurgimiento del Tradicionalismo en aquellos pueblos, imprescindible para el bien general de los mismos. El que ostenta un cargo, a él debe sacrificar comodidades y aficiones en cumplimiento del deber. Particularmente en el distrito de Berga, hay que reconquistar nuestra per-



Entrada a Palacio un día de recepción

Cuadro de A. FERRANT

(Muestra de los grabados que ilustran «El Año Jaimista»
Almanaque para 1915)

sonalidad política, hay que crear un periódico que responda a la importancia de nuestras fuerzas, hay que invadir el distrito con los sanos perfumes de nuestras doctrinas salvadoras; pero ni nuestras fuerzas físicas, ni el tiempo, ni nuestros recursos pecuniarios llegan para todo. Podemos dar a la Causa lo que tenemos, debemos darlo; pero no podemos dar lo que no tenemos: medios para continuar la publicación del VADE-MECUM.

Satisfechos estamos de nuestra labor. Del llorado caudillo Don Carlos VII, muchas veces recibimos pruebas de cariño, de amor, de aliento, de felicitación por nuestra obra. Del actual augusto Jefe de la Comunión Tradicionalista, Don Jaime de Borbón, hemos merecido distinciones que nos confunden por lo expresivas y cariñosas, y que nos obligaban a últimos de Julio a un viaje a Frohsdorf, que tuvo que suspenderse con motivo de estallar la guerra europea. Don Jaime sabe cuán inquebrantable es nuestra fe y nuestra lealtad, y muy pronto sabrá cuánto es nuestro agradecimiento por sus bondades.

Amorosa disertación sobre nuestras faltas y defectos

Este es el título de un meritísimo artículo que ha publicado en su periódico el sabio catedrático, Director del *Diario de Valencia* nuestro querido amigo y correligionario Don J. Luis Martín Mengod.

En ese artículo hay verdades como puños, que me relevan a mí el decirlas por cuenta propia; porque yo no lo diría mejor al dirigirme a los cerca dos mil suscriptores del VADE-MECUM que no han pagado ni el año corriente ni el pasado, y cuya conducta nos cuesta a nosotros la friolera de unas diez mil pesetas. Así, no puede vivir ninguna publicación jaimista; y de esto se quejan todas, absolutamente todas nuestras publicaciones, y de esto mismo se ha quejado más de una vez *El Correo Español*, que es el órgano oficial de la Comunión Tradicionalista y propiedad de Don Jaime de Borbón, y por esto, también, desaparece desde primero de año la meritísima revista gráfica *La Voz de la Tradición*.

Así, nosotros nos vemos obligados a matar nuestra pu-

blicación, no para retirarnos por el foro, no para tumbarnos a la bartola, sino para bregar en otro punto, allá donde es necesario y tal vez más agradecido nuestro esfuerzo y permiten nuestros recursos.

Pero no será sin antes agradecer profundamente a los suscriptores que han pagado puntualmente sus suscripciones, que nos han alentado y que aun en estos momentos nos ofrecen pagar doble suscripción o subvencionarnos.

No, amigos muy queridos nuestros, entusiastas y abnegados correligionarios. Hemos vivido siempre de nuestros propios recursos, y a lo mismo queremos atenernos en adelante. En provincias hay publicaciones nuestras, y atended a ellas, que también quéjense del mismo mal. Comprendemos, hasta cierto punto, el decaimiento general, la falta de constancia de muchos, y aun comprendemos que, en veinticinco años, los hombres se gastan; y así, nos rendimos a la realidad y nos vamos a luchar en otra trinchera de nuestro campo... aunque no es difícil que reanudemos nuestras relaciones a 1.º de Julio próximo, pero en forma distinta...

Pero antes, leed lo que os dice con el lenguaje amargo de la verdad el escritor ilustre D. J. Luis Martín. Leed y... meditat:

Porque cosa grave es el tener que adoctrinar y corregir, que son muchos los que no gustan de oírse contar sus cosas, cuando el cuento de ellos es testimonio del mucho celo y amor del que corrige.

Saavedra Fajardo.

No hay más que exagerar un mal para hacerlo bien patente; mas no tanta exageración que induzcas a desesperar a aquel de cuya salvación te ocupas.

Fr. Luis de Granada.

«A los jaimistas me dirijo, y ya que tengo esta tarde un rato libre y puedo escribir más cuartillas que de ordinario, creo conveniente que hablemos de nuestras cosas. Pocas agradables voy a decir. Ya sé yo que me conquistaría más simpatías si, en vez de meterme en honduras, dejara correr la bola y me dedicase tan sólo a esos lugares comunes, a esos tópicos manidos de seguro éxito, que consisten en hala-

gar a las multitudes excitando sus pasiones y hasta exacerbando sus defectos.

Yo no soy de esos ni lo seré jamás. Yo creo que la misión del periodista católico-tradicionalista es un verdadero apostolado. Tal vez sea esto lo que más en serio he tomado de la vida, quizás porque veo mejor que en ninguna otra cosa las importantísimas ventajas y los gravísimos inconvenientes que tiene la Prensa, y ya que no puedo considerarme un apóstol, por lo menos quiero ser una especie de misionero. Por eso no hablo siempre a gusto de todos, porque la misión es para adoctrinar e instruir, y no para entretener o divertir.

Y vamos al asunto. Ayer mañana, en el tranvía, me encontré con un estimado correligionario de la provincia y aprovechó la ocasión para contarme que el Círculo de su pueblo está muriendo por falta de socios. Se trata de un Círculo que fué inaugurado aún no hace un año, con músicas y banquete; un Círculo que se gastarían ha poco tiempo dos o tres mil pesetas en una bandera preciosísima. «¿Qué pasa — dije — para un cambio tan radical?» «Que se han cansado» — me contestó mi amigo.

Anoche también, en la Redacción, otro jaimista me visitó. El Círculo de su pueblo languidece, la gente se fastidia y cada uno va tirando por su parte, y hoy, en el café, un tercer amigo y correligionario me acaba de decir: «Me marché al poblado de... tal, a disponer la clausura de nuestro Casino. Se quejaban allí, donde hay veinticinco Sacerdotes, de que no tenían

PAÑUELOS DE SEDA

con el retrato de

Don Jaime de Borbón

con dobladillo calado y la bandera española

Uno . 1'25 ptas. : 12 ptas. docena

De venta en esta Administración

un punto de reunión; creamos un Círculo, pagaron el primer mes, algunos el segundo, y ya no hay posibilidad de seguir adelante.»

Si fuesen estos tres casos solamente, tal vez no merecería la pena de ocuparse de ellos. Pero en la provincia, en la región, hay muchísimos análogos. Creo, por lo tanto, llegada la ocasión de que nos ocupemos del asunto.

La causa fundamental de la apatía y dejadez que observamos radica en un hecho que no se creería si no se dijese: en que la gente se cansa.

Desde luego se nota que para esto no había necesidad de tomarse el trabajo de constituir el Círculo. No quiero hacer a nuestros correligionarios el poco favor de suponer que al crearlo creían que antes de un mes o dos tenía que venir el triunfo. Y si no creían esto y se tenían que cansar a los pocos meses o a las pocas semanas, ¿para que hicieron tantos esfuerzos y tantos sacrificios?

Ahora viene bien contestar a estas observaciones descubriendo la verdad, por amarga que sea. Los jaimistas tenemos gran número de bellas cualidades, pero tenemos también, como todos los hombres, bastantes defectos. Y el primero tal vez y tal vez el mayor, estriba en nuestra versatilidad, en nuestra inconsecuencia. No me refiero a la consecuencia política, a la adhesión a las ideas; ésto es en nosotros inquestionable. El que nace jaimista—salvo raras excepciones—jaimista muere.

Pero unas veces nos sentimos exaltados, nerviosos, decididos a todo, y nos atrevemos con las más grandes empresas, y las conseguimos y triunfamos cualesquiera que sean los obstáculos que se nos pongan por delante. Pero si a continuación se nos pide el más pequeño sacrificio, no hay ya manera de obtenerlo; nos hemos cansado.

Esto pasa en todos los órdenes dentro del tradicionalismo por lo menos el regional, que es el que yo conozco. Todos sabemos lo que cuesta abrir un Círculo; busca y alquiler de local, adquisición de muebles, redacción de reglamento, inscripción de socios, etc., etc.; esto, que representa gastos, esfuerzos, viajes, conferencias, sacrificios y contrariedades, se hace de buena gana. Pero pagar después una peseta men-

sual, o dos reales, eso ya no es posible. Daría risa si no hiciese llorar.

Si nos da el naípe (perdón por la frase) por hacer y bendecir banderas, allá va el dinero a raudales en rasos, bordados, oro y piedras de colores. Un año después, si viene a mano, la bandera se la tiene que llevar un socio a su casa porque ya no hay local donde guardarla.

En elecciones pasa lo mismo. Se prepara un distrito, se presenta un candidato; ya se sabe que la primera vez no puede triunfar, pero se va a la organización como base de futuras combinaciones. Pues para el primer esfuerzo hay de todo: dinero, entusiasmo, votos. A las otras elecciones, cuando el triunfo sería ya posible, no se encuentra nada: ni candidato, ni votos, ni dinero. Se han cansado.

Con los hombres sucede otro tanto. Desde los quince años vengo figurando en el partido y podría citar a todos los que los jaimistas han exaltado y colocado en las nubes para dejarlos después abandonados si no se les ha tachado además de traidores y miserables. Es que también se cansan de los hombres.

Todo esto da la clave de por qué nos pasamos la vida en plena reorganización. Entre nosotros no se habla jamás de otra cosa que de reorganizarnos, y es que antes de acabar de organizarse ya nos hemos cansado de los que organizan y de la forma de organizar y de los procedimientos organizadores, y pensamos en otros hombres y en otros procedimientos y en otras organizaciones. Y así perdemos los días y los meses y los años miserablemente. Es duro decirlo, pero es verdad.

Parece como una maldición que pesa sobre nosotros. En cuanto tomamos algo de vuelo, en cuanto nos ponemos a trabajar y los trabajos comienzan a dar sus frutos, surgen la crítica, las discusiones, la murmuración, los comentarios y ya no se para hasta que acabamos con lo hecho. Estoy plenamente convencido de que no hay ni mala fe ni intención de destruir; pero es bien cierto que no se haría mejor si fuesen nuestros enemigos los que introducen la cizaña entre nosotros.

Porque esta es otra. En cualquier partido caben dos, tres



¡Por la Patria!

Cuadro de A. BENLLIURE

(Muestra de los grabados que ilustran «El Año Jaimista»
Almanaque para 1915)

y cien hombres, y cada uno trabaja por todos y para todos y viven en buena armonía, y si no la hay, por lo menos mutuamente se disimulan los defectos y se tapan las máculas. Entre nosotros, no. Tenemos el instinto de agruparnos alrededor de una persona, y porque queremos á ésta, todas las demás deben ser necesariamente malas. Y así se esteriliza el esfuerzo de muchos, y se matan entusiasmos y energías, y nos vamos privando de elementos de valer que son útiles, y más que útiles, necesarios. Todos los hombres tienen sus buenas y sus malas cualidades; no hay ninguno perfecto. No debemos pretender que todos sean ángeles o genios; la habilidad en los partidos políticos estriba en utilizar de cada hombre lo que tiene de bueno, sacando el mayor partido posible de sus buenas cualidades, y prescindiendo, también en lo posible, de sus defectos.

Para esto se necesita que tengamos unos con otros mucha transigencia, mucha caridad. No debemos pretender que todos sean iguales a cada uno de nosotros, porque es pedir lo imposible. Cada cual es como es, con su carácter, con su genio, sus costumbres, sus aficiones y sus gustos. Pretender cambiarle es pretender que mude de naturaleza, y esto no puede hacerlo más que Dios. El que pone de su parte su voluntad hace ya bastante para que deba serle agradecido. Pedir más, es gollería.

En otras agrupaciones, cualquier cuestión personal suele acabar buenamente. Entre nosotros, y por lo general, el incidente más insignificante se *endeña* y agrava hasta lo indecible. El que se enfada, se enfada mucho; el que pierde una votación en una junta ya se cree en el caso de darse de baja en el Casino y de meterse en su domicilio y hasta de negar el saludo a sus correligionarios.

Con todas estas pequeñas cosas, que cada una de por sí ni vale nada ni significa nada, agotamos todas nuestras buenas cualidades, que son muchas, y esterilizamos toda acción. Un canal transporta el agua de uno a otro punto; pero si en el canal hay grietas y resquebrajaduras, en vez de llegar el agua a su destino se va perdiendo tristemente sin utilidad para nadie.

Pensemos en esto, amigos míos, hermanos míos. Pense-

mos en que tenemos la obligación de trasladar la linfa fecundante de nuestras ideas a los yermos campos del liberalismo por el acueducto de la Causa Tradicionalista. No abrais en ella grietas ni resquebrajaduras, antes por el contrario, vivid siempre unidos con unión eficaz e indisoluble, para que no se pierdan por ellas las energías que han de destinarse a más útiles fines.

Sed constantes. La constancia consiste en ir siempre hacia el mismo punto, en encaminar todos los medios al mismo fin. La constancia indica ecuanimidad de carácter, robustez de pensamientos, solidez de ideas; la constancia es la característica de los *hombres*; la inconstancia es sólo propia de mujeres débiles y de pobres niños.

Sed abnegados. La abnegación muestra por sí la grandeza de la Causa que se defiende. Las causas pequeñas exigen pocos sacrificios, pero las causas grandes exigen muchos. La Causa católico-monárquica es la más grande de las causas españolas. Todo esfuerzo que por ella se haga, resulta pequeño. Sed, pues, dadivosos, y no regateéis ni dinero ni trabajo; no creáis que perderéis uno y otro. Hay en el cielo un libro donde se apunta todo lo bueno que se hace, y como lo que hacéis lo hacéis por Dios y para Dios, él os lo devolverá centuplicado, pues así lo tiene ofrecido Aquel que no puede engañarnos ni engañarse.

Sed transigentes y caritativos. Mirad a todos los correligionarios como verdaderos hermanos, supuesto que lo son en sus ideas y en sus sentimientos. Amadles como hermanos; y como hermanos disimulad sus defectos. ¿Acaso no los tenéis vosotros? Pues si vosotros los tenéis, ¿con que derecho exigiáis a los demás que no tengan ninguno? ¿No somos todos hombres llenos de miserias y de pasiones?

Sed activos. La experiencia y la reflexión me han hecho

Retratos en tricromía de Don Jaime de Borbón

en finísima cartulina (19 por 12 centímetros), con un extracto de la biografía de nuestro Augusto Caudillo.

A 20 céntimos uno y a 15 pesetas el cien.

ver que allí hay más murmuraciones, chismes y enredos, donde menos se trabaja. Distribuid vuestro tiempo libre y en vez de reuniros alrededor de la mesa de un Casino para murmurar, encargaos cada uno de vosotros de una misión; revisad el Censo, buscad votos, propagad la Prensa, escribid circulares, preparad veladas, leed cosas útiles que os ilustren y fortifiquen. Si os ocupáis en ellas no estareis ociosos, y si no estáis ociosos no tendréis ocasión de perder el tiempo en esterilidades inútiles.

Sed obedientes y disciplinados. Yo no he de exigir os que abdicuéis de vuestro juicio y que obedezcáis ciegamente y como máquinas el mandato de vuestros jefes. Esto puede pedirse en los conventos, pero no en la vida civil. La razón se nos ha dado para juzgar y no podemos prescindir de juzgar, como no podemos dejar de pensar o de sentir. Pero juzgad siempre con benevolencia y no caigáis en el extremo opuesto que es el de juzgarlo todo minuciosamente, maliciosamente tratando de penetrar hasta en los más recónditos pensamientos de vuestros jefes. Muchas veces se hacen, se dicen o se mandan cosas que a primera vista resultan extrañas; pero el que las manda, dice o hace, sabe el por qué y el para qué, y es conveniente y útil el callar los motivos.

Obedeced, pues, aunque no estéis conformes, siempre que lo que se os mande no sea evidentemente opuesto a los principios fundamentales, católicos y tradicionalistas. Si cada uno hace lo que le parece, no hay partido, ni Causa, ni organización, ni nada. La disciplina se basa en el principio de la unión y de la mutua transigencia. Cuando una cosa os parezca mal, no murmuréis; id directamente a quien sea y pedidle explicaciones. Si no os satisfacen, acudir a la superioridad razonando vuestra queja; si la superioridad no lo resuelve, según vuestro gusto o manera de pensar, conformaos imaginando que es más fácil que os equivoqueis vosotros que no ella. Pero si estáis completamente en oposición con su criterio, sin gritos, sin murmuraciones, sin indisciplinas, sin protestas, meteos en vuestra casa. Haréis con esto más bien que si levantáseis una legión de soldados tradicionalistas. El tiempo, si tenéis razón, os la dará; no os quepa duda.

Y basta de sermón, que bastante largo ha salido ya. No

sé si lo tomaréis a broma; yo en serio, y muy en serio, lo he predicado. No miréis la insignificancia del predicador, sino lo que se os ha dicho. Os pido, por Dios, que lo releáis y meditéis. Alguno pensará que no era para publicarse, pero yo digo que es preferible que *todos* se enteren de estas cosas, a que las ignoren *algunos*.»

Valencia, Noviembre 1914.

J. Luis Martíñ.

Observaciones

Al cesar en su publicación el VADE-MECUM DEL JAIMISTA no desaparece esta Casa, que está siempre como estuvo hasta hoy, a la disposición de todos los tradicionalistas.

Además continúa en pié la

Biblioteca de la Bandera Regional

Aragón 252.—Barcelona.

que seguirá subsistiendo, mientras Dios nos ayude, y publicando libros o folletos cuando crea conveniente u oportuno.

No creemos haya ningún suscriptor que tenga adelantada la suscripción, pues hemos tenido cuidado en no admitirlas sino hasta fin del corriente año 1914; pero si alguno nos hubiese pasado desapercibido, recibiría la devolución inmediatamente después de hecha la liquidación de fin de año.

En cuanto a los centenares que nos deben uno, dos y más años de suscripción, no les decimos más sino que consulten su conciencia y a lo que les dicte se atengan.

Y en cuanto al folletín de la novela *La Cuadra de Malvehí* que veníamos publicando, ya verán en este volumen nuestros lectores que destinamos todo el espacio posible a su continuación. Los pliegos que falten los serviremos a nuestros suscriptores, corrientes de pago, con las tapas correspondientes, al precio de **50 céntimos**, que admitiremos aunque sea en sellos de Correo.

Que Dios derrame sus bendiciones sobre nuestros suscriptores todos, como sobre nosotros, y que el año nuevo les sea próspero y feliz.

El Director

Tomos atrasados
del
Vade-Mecum del Jaimista

Año 1912. . . .	6 ptas.
» 1913. . . .	6 »
» 1914. . . .	6 »

Al mismo precio hay colecciones de
La Bandera Regional.



EL MESTRE TITAS

Año 1911. . . . 6 ptas.



Estos tomos, perfectamente encuadernados en pasta, contienen los doce volúmenes del año respectivo, con sus portadas en colores.

Se mandan certificados, a nuestro cargo

—Vuestra merced está de broma, contestó la joven, y le mandaré Reparada, que es medio simple y podrán reír.

Y continuó la canción, de la cual hacemos gracia a nuestros lectores, pues no es un modelo de decencia. Por fin su voz se perdió en las concavidades de la cocina.

Entre tanto Catalina en la taberna hablaba con el infeliz lisiado, al cual daba por caridad medio vaso de vino.

El desgraciado había logrado, gracias a sus ahorros, comprar una especie de cajita en forma de capilla, cuyas puertecitas se abrían y tenía la forma de una linterna. Detrás de un vidrio, sobre fondo plateado, se veía una pequeña imagen de Santa Quiteria con dos perros rabiosos que sacaban un palmo de lengua. El pobre cojo mostraba la efigie de la Mártir mediante algunos ardites, y rezaba, cantando, la oración de la Santa.

Al servirle el vino, dijo Catalina:

—Mr. de Lorenzay está aquí.

—¡Aquí! dijo el cojo.

—Y aguarda a dos señoras.

—Pues me quedo hasta saber quiénes son.

—Y a tú qué te importa?

—Más de lo que tú piensas, Juana.

—¡Silencio! dijo Catalina; es preciso que olvides este nombre.

—¿Qué no viene mi comida?, gritó desde arriba monsieur de Lorenzay.

Catalina entró en la cocina y subió un instante después, seguida de Reparada, la criada imbecil que la servía, llevando en soperas y fuentes lo necesario para una comida más que regular.

Desde abajo subía una voz lastimera que cantaba:

Gloriosa santa Quiteria
amparadnos, por favor;
libradnos del mal de rabia
que es un mal que causa horror.

—¿Eres tú? dijo Gastón al ver a la tabernera. Dime ¿quién es esta voz lastimera que canta abajo una oración capaz de quitar la gana de comer al más hambriento?

—No es nada, contestó Catalina; si permaneciéseis aquí algún tiempo veríais que los que piden limosna todos cantan su oración.

Catalina sirvió la comida y dijo al joven:

—¿Qué os parece?

—Bien, contestó el francés; una sopa de hierbas, carnero aderezado con setas, jabalí a lo cazador y un pollo a la jardinera. ¡Bien por Catalina! Eres un talento.

—Y todo esto, dijo la tabernera trayendo dos jarros y vaciando parte del contenido de uno en un vaso de vidrio verdoso en forma de campana, remojado con vino de Alella y del Priorato. Pero cuidado, señor galán, añadió, no creais que esto sea el vinagrillo que bebeis en Francia, pues medio vaso os hará dar traspiés.

Gastón apuró el vino y dijo:

—Bueno es, por vida mía. ¿No cantas tú como tu sobrina? preguntó el joven.

—Soy vieja ya, contestó la tabernera riendo y mostrando su resplandeciente belleza, que desmentía sus palabras.

—Vaya, una canción, dijo el joven medio achispado, o hago una barbaridad.

—No quede por esto, señor mío, dijo Catalina. Y con bella voz de contralto cantó otra de las muchas canciones que entonces estaban en boga.

Al concluir la última estrofa se oyó el sonido de un esquilón.

—Aquí están las damas, dijo Catalina.

Y bajó la escalera con rapidez. Otra en su lugar se hubiera desnucado. Atravesó el jardín estéril y abrió la puerta de la cerca de tapias.

Catalina cerró la puerta con presteza, pero no tanto que un caballero no pudiese ver desde la calle quien penetraba en el jardín.

La tabernera vió al caballero y dijo para sí:

—¡El señor de Queralt, el primo del Lugarteniente!

Y mirando a la señora despacio se sonrió y se dijo:

—¡La dama de Queralt! ¡Dios nos asista!

Y dió la mano a la dama para subir la escalera.

Al llegar al aposento penetraron la dama y la dueña y cerraron la puerta tras sí.

Catalina bajó la escalera, pero lista como una culebra se quitó sus chapines, volvió a subir las gradas sin hacer ruido alguno y se quedó escuchando a la puerta, no perdiendo una palabra de la conversación, que interesó por demás a Catalina, pues ya se la veía sonreír, ya fruncir el ceño.

Al llegar a su conclusión, la tabernera bajó sin hacer ruido la escalera espiral y aguardó, pensativa detrás del mostrador de la taberna, a que la llamaran desde arriba.

—¡Vaya un par de alhajas la señora de Queralt y el francés! Más merecían ellos la horca o ser des-

cuartizados que mi difunto amigo, que Dios haya perdonado. El joven francés ha descubierto a la dama un secreto de Estado que puede hacer fracasar el plan de los buenos mozos. A tener tiempo, valdría la pena de ahogar en su garganta este secreto a los que lo saben. A propósito; Mala-cara estaba aquí hace un rato, pues cantaba la oración de Santa Quiteria. ¡Sileta! dijo llamando a su sobrina; ¿en dónde está Mala-cara?

—Ha salido hace rato.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—No lo ha dicho, tía, contestó la joven.

Catalina ahogó una interjección tal vez demasiado enérgica y calló.

—Mañana, dijo para sí, el Lugarteniente sabrá todo el plan y todo se irá a rodar; y ¡no vendrá uno de los mozos para ahogar a este gabacho, mientras yo daría cuenta de la dama y de la vieja en un cerrar y abrir de ojos. Pero, añadió como iluminada por una idea, el señor de Queralt aguarda junto a la puerta trasera y si no salieran, como sabe que están aquí, yo podría pasarlo mal y colgar de la horca, con la cual me amenazó el francés. Tengamos prudencia que esto me costará un viaje a Malvehí, que don Arnaldo me pagará en buena moneda. Es preciso cortar la conversación, y si el señor de Malvehí lo quisiera, podría aún, sino impedir que se divulgue el secreto, a lo menos castigar al delator. ¡Oh! si Juan Serrallonga viviera no llegaría este galán a Francia; pero ahora los Margarits distan mucho de ser tan valientes y decididos como lo era aquel hombre de hierro. Ni Barrabás, ni Chafarrocas, ni Mala-cara servirían para desatar la cinta de la alpargata de mi

desgraciado amigo. Si el señor de Queralt no aguardara allá fuera, yo sola bastaría para sepultar este secreto en la eternidad.

La tabernera subió la escalera, llamó a la puerta del aposento, y con su diestra acariciaba el mango de un puñal que escondía entre su falda.

III

UNA CASA CON DOS PUERTAS, DIFÍCIL ES DE GUARDAR

Cuando don Guillén de Queralt siendo joven conoció en Bolonia a Eleonora de Orsini, se enamoró locamente de ella, en términos que le propuso ser su esposo.

El de Queralt había ido allí, como iban los jóvenes más nobles de España, a seguir sus estudios en aquella Universidad, la más célebre que se conocía en su época.

Los padres de don Guillén le hubieron destinado para la Iglesia, pero la muerte prematura del hermano mayor hizo que, recayendo en él la herencia, se le llamara junto a su familia, lo cual coincidió con el conocimiento que trabara con Cosimo y Damiano de Orsini, que no se sabe si expresamente o al descuido condujeron al joven a su morada y le hicieron conocer a Leonoreta.

Si bien la segunda rama de Queralt no poseía la riqueza de la primera, don Guillén era un buen partido para una joven noble sumamente pobre, que lo más que podía pretender era la dote que proporcionaba una causa pía de su familia para las hijas de Orsini, que pretendían ser religiosas, cosa que esta-

ba muy lejos del pensamiento de Eleonora, coqueta y orgullosa de su hermosura.

Al hablar don Guillén a las personas con las cuales se había relacionado en Bolonia, de Leonoreta de Orsini, todas le contestaron con cierto desdén, y sobre todo las damas y doncellas bolonesas. Nadie en la ciudad se trataba con Leonoreta ni con sus hermanos.

¿Qué se sabía de ellos?

Cierto, nada; pero corrían voces siniestras y se decía si los mellizos Cosimo y Damiano de Orsini formaban en secreto parte de una cuadrilla de bandidos que tenían aterrorizados los Estados Pontificios, la tierra de Nápoles y hasta la Calabria.

Aunque nada podía de cierto averiguarse, lo hacía sospechar el lujo y riqueza que ostentaba la familia, la cual se sabía de público que estaba faltada de recursos.

¿Qué se decía de Leonoreta?

No lo repetiremos.

Ningún joven patricio de Bolonia ni de ninguna población de los Estados de la Iglesia, la hubiera tomado por esposa.

Se habló del asesinato de un joven español a quien se señalaba, entre otros, como a galán de Eleonoreta; pero como el cadáver no se encontró, las averiguaciones fueron nulas. Con todo el joven desapareció para no volver.

Esto y mucho más supo don Guillén de Queralt de la joven italiana; pero su pasión era tanta, que se casó con ella, y después de efectuada la boda se la trajo consigo a España.

La pasión de don Guillén fué en aumento después

de su matrimonio, amando a Eleonora con toda la locura y debilidad de carácter de que es capaz un hombre enamorado.

La familia de Queralt recibieron con disgusto a Eleonora, ya por su calidad de extranjera, ya porque este matrimonio dió al traste con proyectos que tenían los padres de don Guillén, los cuales ignoraban la página negra de la historia de Leonoreta de Orsini.

Eleonora era huérfana de padre y madre, y vivía sola con sus hermanos, dos verdaderos bravos, más que nobles.

Los matrimonios entre españoles e italianas eran frecuentes en aquella época, y aún muchas casas de nuestra actual nobleza tienen su origen italiano, pues Italia se consideraba patria común; pero la casa de Leonoreta era poco conocida en España, por lo cual la elección disgustó mucho a la familia de Queralt.

Algunos que cursaron en Bolonia vinieron más tarde, y al ver a la joven señora de Queralt se sonrieron.

Corrieron más tarde ciertas voces, pero ¿quién hace caso de jóvenes atolondrados?

Eleonora de Orsini se captó las simpatías de todo el mundo.

Los hombres al verla tan bella la saludaban por las calles, y las señoras, al ver que su amabilidad italiana era tan diferente de la rudeza catalana, la recibieron con gusto en sus salones y todos olvidaron su historia.

¿Todos?

No.

Uno había que no la olvidó nunca: este fué don Guillén de Queralt, el cual, celoso e inquieto, sufría a solas y temía a cada instante que su esposa volviese a sus fechorías de joven.

Ni la más leve mancha empañó la honra de Eleonora después de casada, siendo sólo esposa cariñosa y madre tierna.

Con todo, don Guillén la vigilaba y algunas veces la veía cuando ella creía no ser vista.

Veía a su esposa con su hija en sus brazos. La veía loca, como toda madre, besar y acariciar a aquel ángel; pero veía también que la madre se detenía, que su mirada vaga parecía abarcar el espacio como si temiera un porvenir terrible para su hija. Entonces Eleonora palidecía y estrechaba en su seno a su hija, con terror y frenesí al mismo tiempo. Don Guillén recordaba más que nunca el pasado de su consorte, y lleno de dudas y temores pasaba su vida angustiosa.

Por mucho que una mujer finja amor, el hombre que es el objeto de ella concluye por adivinar el verdadero estado de aquel corazón, y don Guillén adivinó, sin quedarle de ello duda, que Eleonora de Orsini al casarse con él hizo un magnífico partido, en gracia del cual vendió lo que le quedaba de su corazón, si alguna vez lo hubo.

Don Guillén se convenció de que todo aquel amor era una comedia y que había sido engañado por una mujer poco menos que perdida.

Las historias que oyera contar de Leonoreta allá en Bolonia le vinieron a la memoria; la venda cayó y lo creyó todo.

Se había casado con una mujer indigna y por aña-

didura hermana de bandidos, los cuales con su proceder manchaban un ilustre y antiguo apellido.

Don Guillén calló a todo esto y sufrió en silencio.

Sus padres murieron y solo con su esposa, víctima de dudas y celos, pasó una existencia cruel.

Pidió y obtuvo el tomar parte en la guerra con Francia en el Rosellón.

Quería morir, y por esto su arrojo no conocía límites.

Cubierto de heridas y lleno de gloria volvió a su morada, pero más desgraciado si cabe, porque había perdido la salud.

¿Le amó entonces Leonoreta?

No.

La señora de Queralt tenía su ídolo.

Era su hija, y por ella vivía; por ella sólo respiraba.

Las mujeres que no aman a sus maridos por lo regular idolatran a sus hijos hasta el frenesí, dando a éstos toda la ternura que su corazón debería partir entre ellos y el padre de aquellos seres que son pedazos de su alma.

Esta aberración es muy común en muchas madres y en muchos padres, aún cuando no se comprenda el porqué, si no quiere atribuirse a un amor propio refinado que hace decir:

El esposo o la esposa puede merecer, más o menos, mi ternura, pero los hijos la merecen por sí, por cuanto son míos, son otro yo.

Este es el amor propio disfrazado de ternura con que el hombre, que no ama a su esposa, o la mujer que no ama a su marido, tributan a sus hijos hasta al delirio.

Así ama Eleonora a su hija. Por ella era capaz de todo.

Así es que no deben sorprendernos las intrigas que empleaba, faltando a todos sus deberes y aceptando una cita de un joven que, si bien en realidad no la menoscaba, en apariencia podía comprometer su honra.

Don Guillén, celoso como estaba, atisbaba los pasos de su esposa.

Al volver a visitar al Lugarteniente, la señora de Queralt dijo que tenía que hacer una visita a una amiga y que iría acompañada de doña Guiomar.

Nada contestó el señor de Queralt y se metió en su aposento, desde donde vió que su esposa, atravesando el jardín, vestida con un sencillo traje, de lana oscura y ceñido con una correa como quien usa hábito, envuelta en un manto negro y cubierto el rostro, salía con misterio por la puerta trasera, acompañada de doña Guiomar, a quien el señor de Queralt detestaba con toda su alma.

Don Guillén, tomó su ferreruelo, se caló un sombrero sin adorno alguno, y, lleno de sospechas, siguió de lejos a su esposa.

Atravesaron calles estrechas y tortuosas hasta llegar a la Riera de San Juan, lugar casi desierto en el cual no existía entonces la iglesia de Santa Marta, sólo si el monasterio de San Juan y el de Santa María Magdalena, con los restos del palacio de Vallaura, lugar de recreo de nuestros antiguos Condes soberanos.

El resto de la Riera constituíanlo casas señoriales, de las cuales aún se ven algunos ejemplares allí, y jardinillos casi estériles que se extendían a espal-

das de las casas de la calle de Ripoll, de Miserferrer y Copons y la calle del Infierno, a cuya esquina vió que se detenían la dama y la dueña.

Doña Guiomar tiró de una cuerda a cuyo extremo había una pata de conejo hecha momia.

Vió abrirse luego una puerta, y una mujer bella, vestida con el traje del pueblo pero con cierto lujo, cubierta la cabeza con redecilla colorada y adornado el pecho con cadenas de plata, apareció en el umbral.

La dama y la dueña pasaron la puerta, que se cerró instantáneamente, no sin que el señor de Queralt notase que los ojos negros de la hermosa paisana se habían fijado en él.

—Ellas saldrán, dijo don Guillén.

Y metiéndose en el portal de una antigua casa señorial, perteneciente hoy a la familia de Semmat, aguardó.

El silencio reinaba allí.

Entonces se oyó distinta una bella voz de mujer que salía de la casa en la cual se habían metido la dama y la dueña, y cantaba una canción que hizo estremecer al señor de Queralt.

Héla aquí:

«Los pescadores del rey
han hecho hoy muy buena pesca,
porque han pescado un infante
hermoso como una perla...»

Los dientes de don Guillén castañatearon, y dijo para sí:

—En Bolonia se la acusaba de todos los crímenes. ¡Esta canción y esta casa innoble, aquella mujer de la redecilla que no tiene aspecto de nada bueno

a pesar de su belleza!... Aguardaré, y si mis sospechas son ciertas, no respondo de su vida ni de la mía.

El señor de Queralt miró a la casa; las ventanas que daban al huertecillo estaban cerradas y sus vidrios verdosos y aplomados brillaban con el sol, pero no permitían ver lo que sucedía dentro de las habitaciones.

Don Guillén volvió a esconderse para no llamar la atención.

Mientras esto sucedía, Catalina oía desde la puerta de la estancia la siguiente conversación, de la cual no perdía ni una sílaba.

—Vuestra Señoría, madame, decía el joven, estará enterada de mi pretensión. Hubiera deseado con gusto poder presentarme al señor de Queralt y hacerle una demanda en regla; pero como tengo una palabra empeñada, temo que vuestro esposo rechazará mi petición. Cosa es ésta que me desespera, porque a pesar de mi compromiso con mademoiselle de Malvehí, amo a vuestra hija, a quien conocí demasiado tarde.

—¿Queréis que os hable claro, mío caro? contestó Eleonora. Debo deciros que no os creo. Una pasión como la vuestra, tan repentina, no puede ser verdadera, y no podreis ni querreis romper el compromiso que os liga a la heredera de Malvehí, la cual, sea dicho sin rebozo, es mejor partido que la hija de una rama segunda de la casa de Queralt.

—Me ofendeis, madame, replicó el joven, creyéndome interesado. No deseo en mi esposa más que la belleza y candor de vuestra hija. Las riquezas para nada las necesito, pues mi esposa, gracias a la protección del Rey y del Cardenal Ministro, será una de las primeras damas de Francia.

—El señor de Malvehí, observó Eleonora, no dejará que su sobrina renuncie a semejante partido, y vos, sin ser el último de los hombres, no podeis faltar a vuestra palabra, mio signore. Para deciros esto he aceptado vuestra cita, y para desengañaros a fin de que no os canseis en hacerme otras visitas que podría dar lugar a que don Guillén, mi esposo, os viese, y si no sospechaba la verdad, podría pensar otra cosa peor tal vez, y tendríamos un lance que quiero evitar.

—¡Y yo que lleno de amor y esperanzas venía aquí y aguardaba vuestra visita como mi vida! ¡Ah! ma belle dame, cuánto mal me habeis hecho. Je suis doselé, con lo que me decís.

—¡Que quereis que hagamos, mio caríssimo, dijo la dama, si ni vos ni yo podemos impedir que vos seais el prometido de Antigua de Malvehí y mi hija la futura esposa de don Ramiro de Queralt! Cosa que imposibilita todos nuestros planes por más que yo quisiera favorecerlos.

—¡Perdón, señores! interrumpió doña Guiomar, que hasta entonces había estado callada. Si Vuestras Señorías me lo permiten voy a faltar a la confianza de un secreto que se me reveló a la oreja, y que Su Señoría la dama de Queralt me va a castigar severamente. Pero pecadora soy y lo confieso. He tenido siempre una pasión por el hermoso don Ramiro, a quien quiero como si hubiese salido de mis entrañas. Un día, en mala hora, estando en aquel condenado caserón de Malvehí, me confió don Ramiro que amaba a la heredera y ella a él. Me ofrecí a proteger estos amores, y a no ser aquella condenada de la señora Manjó, que alborotó el cotarro con los espec-

tros de Malvehí la víspera de partir nosotros de la Cuadra, don Ramiro y la heredera se habían dado cita aquella noche; una cita en la cual la heredera hubiera hablado a don Ramiro: él en el jardín y ella desde el aposento.

La señora de Queralt aparentó ponerse seria, y dijo volviéndose a la dueña.

—Doña Guiomar, no estais ya a mi servicio. ¿Desde cuándo haceis traición a vuestra señora, sirviendo de intermediaria al prometido de su hija y a otra dama en menoscabo del porvenir de la señora de Queralt?

—Y ¿qué cuidado puede dar a Vuestra Señoría el porvenir de su hija? dijo el joven francés lleno de alegría. En lugar de reñir a vuestra dueña, debemos los dos darla algo en albricias; pues si la heredera y don Ramiro se ponen de acuerdo, nos allanan el camino, y sin que ni la hija de Vuestra Señoría ni yo faltemos a nuestros compromisos podemos llevar adelante nuestros intentos, siendo Antigua de Malvehí y don Ramiro quienes falten a su palabra.

—Pero vos sin el permiso de vuestro Rey, observó la dama, no podeis ser el esposo de mi hija.

—Puedo serlo, señora, contestó el joven; pero dejadme partir a Francia y volver después.

—Por mi no corre prisa ninguna, repuso la señora de Queralt; pero me direis qué es lo que teneis que hacer en Francia.

—¡Perdón, oh madame! esto es un secreto de Estado.

—Y si yo os lo pidiera, interrogó Eleonora, ¿qué me contestaríais?

—Que nadie se permite burlas con nuestro Mi-

nistro, y que al Conde de Chalais, Cinc-Mars y de Thou les valió subir al cadalso haberlo intentado.

Eleonora se levantó diciendo:

—Quedad con Dios.

—No, prosiguió el joven deteniéndola; no salgais así. Os lo diré todo aunque me cueste la vida. Vuestra Señoría pertenece a la familia del Lugarteniente, y si repetís lo que os digo me perdeis.

—Sé guardar un secreto, mío caro, contestó la dama; y en cuanto a doña Guiomar, lo guardará también, pues no es el único que guarda.

—Vuestra Señoría sabe que Cataluña está descontenta del gobierno del Conde-Duque.

—Sí; dijo la dama, escuchando con interés.

—Se trata de que un día señalado se levante este país contra los que le oprimen y, en caso de que no pudieran lograr su intento, Francia les ayudaría con su protección.

—¿Y el señor de Malvehí y vos, interrumpió la dama, estais de acuerdo para ello? Questo va bene per la mía vitta, y el señor de Malvehí vende su patria y su Rey para llevar la casa adelante. ¡Cappisco! Hé aquí los honores para él y su sobrina.

—Los cuales pueden recaer en vuestra hija, si Vuestra Señoría no me descubre.

—Non abbete paura, replicó Eleonora. Nadie sabrá sino vos y yo lo que ha pasado hoy aquí. En cuanto a doña Guiomar, os respondo de su silencio. Nos volveremos a ver en la Cuadra de Malvehí pocos días antes de vuestro casamiento con la heredera.

—Por Dios, silencio, señora, pues me va la vida.

—Descuidad, dijo la dama, levantándose para partir.

Entonces oyeron llamar a la puerta.

—¿Quién va? preguntó alarmada Eleonora.

—Servidora de Su Señoría, contestó Catalina.

El joven abrió la puerta y la italiana se cubrió el rostro con la máscara.

La tabernera penetró en el aposento y dijo en voz breve:

—Es preciso que sus Señorías salgan por la puerta de la calle, pues cabe la puerta trasera aguarda don Guillén de Queralt.

—¡Giustizia de Dio! exclamó con terror Eleonora. Entonces se oyó la voz de Sileta que cantaba:

Lo sabe el hijo del Rey
y la hace prisionera;
De las prisiones del Rey
será ella la más bella.

¡La birondón!
¡La birondón!
¡Oh qué doncella!
¡La birondón!

A los acentos de esta canción la dama empezó a temblar y dijo:

—¡Salgamos por la Santísima Madona!

Y, cogida de la mano de Catalina, bajó la escalera llena de terror.

—Nada tiene que temer en esta casa la dama de Queralt, dijo la tabernera; pero la ruego que recate bien el rostro, pues debemos atravesar la taberna y podría ser conocida.

Volvió a oírse la voz bella de Sileta que prosiguió la canción.

Por una puerta de escape
cuando pasados tres años

salió vestida de blanco
y con el verdugo al lado.

¡La birondón!
¡La birondón!
¡Oh qué doncella!
¡La birondón!

Catalina tuvo que sostener en sus brazos a la señora de Queralt, la cual medio desmayada exclamó sin quererlo:

—¡Oh, qué horrible canción!

Salieron de la escalera.

Gastón se acercó a Catalina y le dió una moneda de oro, diciéndole:

—¡Calla por Dios!

La señora de Queralt y la dueña atravesaron la taberna.

Nadie había allí sino un infeliz lisiado cojo y contrahecho, que cantaba y rezaba la oración a Santa Quiteria.

Al salir a la calle nada vieron.

La tabernera miró a lo largo de la calle del Infierno.

Junto a la puerta trasera don Guillén aguardaba como si hubiese echado raíces, entre tanto que su esposa y la dueña salían por la delantera y se dirigían con paso precipitado a su casa. El joven francés, montando a caballo, siguió su camino por la ruta opuesta, hacia Francia.

Catalina se acercó al cojo:

—Un mulo al instante, dijo, y partamos.

Mala-cara se levantó alto y derecho como era, dejó las muletas y su capote viejo, transformándose en el gitano mejor mozo de su raza.

—Vamos andando, prenda, dijo a la tabernera.

—¡Sileta! gritó Catalina; sube. Haz que desaparezca todo lo que hay en la mesa de mi cuarto y no quede huella. Si un caballero preguntara algo, muéstrale la casa entera.

Catalina se envolvió con un capotillo con capucha de color oscuro, forrado de grana, y se dirigió a la calle, en donde la aguardaba un mulo enjaezado con cierto lujo.

La tabernera subió en él de un brinco y con aire resuelto. Se conocía que estaba tan acostumbrada a ir en cabalgadura como a pié.

Entonces se oyó llamar a la puerta trasera.

Catalina picó al mulo, el cual partió a escape.

Sileta abrió.

Era el señor de Queralt.

—¿Qué se le ofrece? preguntó la joven.

—No eres tú quien ha abierto la puerta hace una hora, dijo dudando don Guillén, si bien que el traje que llevas es igual al de la mujer que ha abierto antes. Me parece no eres la misma.

—No he abierto esta puerta en todo el día, contestó la joven.

—¿No ha venido una dama con una dueña?

—Vuestra Señoría se equivoca, replicó la joven. Aquí no ha venido nadie. Si Vuestra Señoría quiere cerciorarse puede entrar y seguir la casa.

—Es inútil, dijo con voz sombría el señor de Queralt.

Y se alejó de la puerta desesperado, interín que la bella voz que oyera antes proseguía la canción:

Por delante de su casa
pasó, al irse al suplicio,
y con voz desgarradora
gritó: ¡Válgame, Dios mío!

¡La birondón!
 ¡La birondón!
 ¡Oh qué doncella!
 ¡La birondón!

A los últimos ecos de esta canción, don Guillén, medio loco, salió de la calle tambaleándose como hombre borracho, diciendo:

—Siempre la misma sospecha; siempre, siempre.

Don Guillén atravesó diferentes calles y llegó a su casa.

Allí encontró a su esposa junto a su hija, bordando tapicería, en cuya tarea les ayudaba la excelente doña Guiomar, puestos unos grandes anteojos sobre su nariz.

Eleonora de Queralt iba vestida con un traje sencillo de casa, pero no llevaba el hábito con el cual la vió don Guillén en la calle. Recogía sus cabellos una redecilla italiana de seda verde, atravesada en el rodete con una pequeña flecha de plata.

Nada había más bello que la dama de Queralt.

Eleonora cantaba una canción italiana de una tonada triste y melancólica, especie de gozos, entre plegaria barcarola que los marinos de Civitavechia y Nápoles cantaban metiéndose en sus góndolas, y cuyo estribillo era:

*Santa Madona del pianto
 Abette da mé pietta.*

Eleonora al ver a su esposo se levantó sin turbarse y dijo:

—¡Cuán tarde, don Guillén! Tentaciones me daban de mandar a casa del Lugarteniente por si estas allí.

Don Guillén le dió la mano y contestó:

—He salido, señora; pues creía que tardaríais más en volver.

Nada más se dijeron los dos esposos respecto a sus salidas de aquel día.

El señor de Queralt, persistió en sus sospechas, las cuales no podía aclarar, pues no descendió a preguntar a los criados y mucho menos a su hija, porque tenía demasiada dignidad para rebajar en nada a la compañera de su vida, a la mujer que llevaba su nombre.

Prefirió callar y sufrir.

Eleonora conservó su serenidad y sangre fría, quedando, como todos los caracteres osados, dueña del campo, sin temer nada, armada con el poder fascinador de su belleza, que ejercía en su esposo un efecto mágico.

Sin embargo, don Guillén no fué del todo dueño de sí, y solos en su cámara, al retirarse, después de haber dado su mano a besar a su hija, se volvió a su esposa y la dijo con ternura y angustia a la par, mirando alejarse a la joven:

—¿No es verdad, Eleonora, que es un ángel nuestra hija?

—¡Oh! sí, contestó con entusiasmo la madre; es bella, bellísima.

—Y su alma es más hermosa que su cuerpo. No es así, señora?

Eleonora palideciendo contestó:

—Es verdad.

Y añadió con fingida amargura.

—La hija es mejor que la madre.

Esta confesión produjo su efecto, y don Guillén se sintió tocado en el corazón, tomó las manos a su esposa y la atrajo hacia sí.

—Eleonora, decía con tristeza; nada sé de tu pasado ni quiero saberlo; pero te ruego que al presente me des la felicidad que te pido; que tu nombre, que es el mío, se refleje en nuestra hija, y que Madrona no tenga que ruborizarse nunca de sus padres.

La señora de Queralt apartó sus manos de entre las de su esposo y dijo con pesar:

—Allá en Bolonia era más bella. Todas las mujeres me odiaban. No tenía padres, y mis hermanos Cosimo y Damiano eran mis guardadores. Eran jóvenes como yo, y a casa venían otros jóvenes. Las más feas calumnias mancharon mi fama. Si Dios no me hubiese concedido esta funesta belleza, nadie se habría acordado de mí. Un día, un hombre indigno quiso manchar mi honor, y el acero de Orsini dió cuenta de él. Para otra, esto fuera una victoria; a mí se me imputó como un crimen. Muchas veces al mirar a nuestra hija y al verla hermosa pido a Dios que la mande una enfermedad que destruya tanta belleza, pues sé por experiencia propia el funesto don que es. Sospechas de mí, don Guillén. Ni un día he sido tu feliz esposa. Las más de las veces estando conmigo, en momentos de dicha he visto volverse torba tu mirada y he pensado: ¡No puede amarte porque no tiene confianza en tí! He callado mi angustia, pero he pensado siempre con amargura que mi esposo me cree una mujer sin honor. Esto es muy triste, pero atendido a lo que de mí se hablaba en Italia, no podía aguardar otra cosa. ¡Oh, Dio Santo! y con todo no te acrimino, don Guillén. Lo que sucede debía esperarlo. Si un día me consideras indigna de llevar tu nombre, me conduces de nuevo a Bolonia y mis her-

manos me recibirán en su casa, o me meteré en el convento en donde mi familia tiene una dote para una de sus descendientes. Allí viviré olvidada, es verdad; pero no humillada.

Don Guillén cayó a los pies de su esposa, la rodeó con sus brazos y dijo con cariño:

—Nada te pido de tu pasado, Eleonora; nada creo de los crímenes ni liviandades que en Bolonia se atribuían a Leonoreta de Orsini; pero, dime una cosa, tenme confianza, ¿a dónde has ido esta tarde?

—Nada te ocultaré don Guillén, contestó la dama por más que al revelarlo falte a una palabra dada. He asistido a una cita con un joven francés llamado Gastón de Lorenzay, el cual está enamorado de nuestra hija, y por él he descubierto el germen de una conspiración que se trama contra nuestro buen rey Felipe IV y contra el Conde-Duque, su ministro; y, mientras mi esposo espiaba indignamente mis pasos, yo me ocupaba, a pesar de ser extranjera, en cojer los hilos de una conspiración que hubiera perdido tal vez tu patria.

Don Guillén se levantó trémulo de admiración, y cariño, pero aún con un resto de duda.

—Mr. de Lorenzay será un joven bello, añadió el señor de Queralt, y tú, Eleonora, eres más hermosa que nuestra hija.

—Mr. de Lorenzay te pedirá la mano de Madrona el día que tú lo quieras, y entonces verás mi inocencia. El día que tú lo desees, nuestra hija puede ser una de las primeras damas de Francia, agregada al servicio de la reina Ana.

—Debías tener presente, Eleonora, que esto es imposible por dos motivos. Primero, porque mi hija

está prometida a nuestro sobrino, y yo no faltaré nunca a mi palabra; segundo, que nunca mi hija será la esposa de un enemigo mío, y como tal considero a todo francés.

—Estoy conforme en ello, contestó Eleonora, pero te pido permiso para no desengañar del todo a ese joven y, por él sabré secretos que más tarde pueden aprovechar al Lugarteniente y sobre todo a nuestro rey. Gracias a lo que yo sepa, haremos abortar un plan que perdería a España entera.

—¿Y este plan? preguntó don Guillén.

—Me permitirás que lo calle, contestó Eleonora, pues no he podido averiguarlo más que a medias. Cuando lo descubra todo, me acompañarás a casa del Lugarteniente, y diré a don Dalmacio de Queralt cuánto sepa y salvaremos a Cataluña de una gran catástrofe. Esto se deberá a la casa de Queralt. ¿Tienes celos aún, don Guillén? dijo con adorable sonrisa la dama.

—No, contestó con júbilo el señor de Queralt. No puedo ni debo tenerlos. Soy el hombre más feliz del universo y me reconozco indigno de ser dueño de tanta belleza y talento.

—Tal como soy, mío caro, dijo ella, te pertenezco, y además soy la madre de tu hija.

Y añadió para sí:

—¡Pobre loco! Siempre haré de él lo que yo quiera.

Los señores de Queralt se retiraron.

Don Guillén durmió feliz aquella noche y su esposa le vió sonreír entre sueños.

Eleonora no durmió tan pronto. Un pensamiento siniestro la trasladó a Bolonia, en aquel tiempo en

que, joven aún, no era esposa de don Guillén. Aquel pensamiento torturaba su corazón y hacía la repetir:

—Nada he podido averiguar; nada, nada. En aquella taberna una joven cantaba una oración terrible:

Los pescadores del rey
han hecho hoy muy buena pesca,
porque han pescado un infante
hermoso como una perla.

Eleonora se puso a temblar y una pesadilla llena de angustia oprimió su corazón.

Antes de amanecer quedó dormida con sueño de plomo; no con ese descanso feliz, propio de una conciencia pura.

IV

CATALINA

Declinaba la tarde cuando una mujer, envuelta en un capotillo y montada gallardamente sobre un soberbio mulo, atravesaba el camino cubierto de bosque de pinos, robles y encinas que conducía a la Cuadra de Malvehí.

Un buen mozo, armado de un arcabuz, iba a pié a su lado y le servía de mozo de mulas, al mismo tiempo que de guardián.

Cuando una ráfaga de viento entreabría el abrigo de nuestra viajera, se veía asomar, en su cinto, un par de pistolas y un puñal, cosa rara en una mujer.

Sin ningún tropiezo llegaron a la Cuadra, y al penetrar por el vestíbulo el portero les dió paso franco. Ascanio de l'Acquaviva, bajó en sus brazos y se atrevió besar a la hermosa paisana, recibiendo de ésta, en cambio de su arranque amoroso, la más tremenda bofetada que se ha dado a hombre alguno y que le hizo prorrumpir en las más tremendas y repugnantes blasfemias que registra la lengua italiana.

—¿El señor de Malvehí? pidió la paisana.

—¿Quién diré que pregunta por él? dijo el porte-

ro, admirado de que una mujer del pueblo pidiese por su amo.

—Decidle que desea hablar con él Catalina.

El conserje fué a dar el recado y un momento después volvió diciendo:

—Pasad.

—Mala-cara, dijo la tabernera, conduce el mulo al establo. Mañana partiremos.

El conserje, más admirado aún, acompañó al gitano al establo, en donde se alojaron él y el mulo.

Catalina subió la escalera, se quitó el capotillo y quedó con la pintoresca falda de grana, su corpiño negro y su redecilla colorada, que tan bien cuadraba con su bella fisonomía resuelta y su aire marcial.

—¡Qué tendrá que ver mi señor con este mari-macho! pensó el portero. Pero ¡por mi alma! añadió, que es bella esta mujer. Su facha no se parece en nada a nuestras payesas cuyo traje lleva. Por vida que sus pendientes de oro y sus cadenas de plata dan a entender que nada tiene de pobre y que no viene aquí a pedir limosna. ¡Cristo de la vida!, continuó, mirándola despacio; y no poco armada va. Lleva en su cinto dos pistolas y un puñal. No es extraño que esta mezclanza de hombre y de mujer haya dado la bofetada que tan bien le ha sentado al atrevido italiano.

Catalina penetró en la sala y un momento después saludaba, besándole la mano, al señor de Malvehí.

—¿Qué malos vientos te traen aquí, Juana? preguntó el señor de Malvehí, luego que quedó sólo con la tabernera del Infierno.

—Puede pensar Vuestra Señoría que nada bueno

anuncia mi visita. Una necesidad urgente me habrá obligado a dejar mi taberna en manos de mi sobrina, sola con un par de benditos como son el chico aquel que nos ayuda y Reparada, que todo lo hacen al revés. Pero no era cosa de confiarlo a nadie. ¿No sabe Vuestra Señoría que el joven francés, que un día acompañó a la taberna cuando se reunieron allí los buenos mozos, sirve nuestra causa admirablemente y es todo un caballero?

—¿De veras? dijo don Arnaldo, admirado del tono usado por la amiga de Serrallonga.

—Y tan de veras como cumple tan bien con su prometida la heredera de Malvehí y con su futuro tío. ¿No sabe Vuestra Señoría que el malvado gabacho, a quien Dios condene, ha dado una cita en mi casa a la dama de Queralt?

—¡Qué dices, Juana! exclamó el señor de Malvehí levantándose lívido.

—Lo que Vuestra Señoría oye, y si Mala-cara hubiese estado en la taberna acompañado de Barrabás o Chafarrocas, ni el francés, ni la dama, ni la dueña hubieran vuelto a ver más la luz del sol; pero yo estaba sola con Sileta, la cual no sirve sino para cantar. Si Juan hubiese vivido, ¡por vida mia! nosotros dos nos bastábamos para dar cuenta de los tres. Más difíciles cosas hemos hecho; pero ahora sola...

Calló conmovida, enjugóse los ojos con el reverso de la mano y prosiguió.

—Aquella fiera tenía también corazón a su modo. He oído su conversación, y el infame ha propuesto a la señora de Queralt el abandonar a la sobrina de Vuestra Señoría y casarse con la hija de don Guillén de Queralt.

—Bien, muy bien, dijo don Arnaldo montado en cólera; parece que se porta admirablemente Gastón de Lorenzay.

—Vuestra Señoría no ha oído más que la mitad. El lindo francés está muy enamorado. La señora de Queralt es una buena pieza y le ha sacado del buche todos los secretos. A estas horas la dama sabe el plan de Vuestra Señoría, y tal vez el Lugarteniente está ya instruido de nuestros proyectos. A lo mejor la guarnición de holgazanes que he visto en este señorío se declaran dueños de la casa, y encierran a Vuestra Señoría en una de las cárceles que aquí hay, y a mí vendrán a buscarme de noche y no tardaré mucho a bailar al extremo de la cuerda que cuelga de la horca del mercado del Borne.

—Estaré prevenido, dijo el señor de Malvehí, y tú lo estarás también. A la primera que te suceda me mandas a Mala-cara, y si te prenden te salvaremos aunque sea derribando las puertas de la cárcel, como sucedió cuando libramos al diputado Tamarit.

Oyóse ruido y el señor de Malvehí se levantó pálido, y más al ver a Aníbal Bertucci.

Catalina recobró su sangre fría y dijo:

—De modo que Vuestra Señoría no me quiere dar a seis libras la carga del vino que tiene en su bodega.

—Eres pertinaz, Catalina, dijo don Arnaldo; si vale más.

—Ola, de cuando acá tenemos aquí a esta buena pieza, dijo Aníbal, que como a buen guardia extranjero conocía a la tabernera del Infierno, por haber frecuentado su casa y haberse alojado en ella durante una estancia que hizo en Barcelona.

—Cada cual procura su negocio, contestó Juana, y en las bodegas de Malvehí no falta vino para revender más tarde a los italianos que frecuentan mi casa.

—Y que como es fuerte se deja bautizar: ¿no es así, buena moza?

—Según y como, contestó sonriéndose la tabernera. Para los jefes no falta vino puro en la taberna del Infierno.

Catalina hizo ademán de levantarse.

—No quiero estorbar, observó Aníbal; concluya Vuestra Señoría su negocio con esta alhaja y después volveré.

Aníbal se alejó.

—No está todo perdido, dijo don Arnaldo como iluminado por una idea repentina. Estoy salvado y tú te salvarás después. Mañana te llevas, con tres o cuatro cabalgaduras de la cuadra, el vino de mi bodega, pues para esto has venido. ¿No es así?

—Sí; contestó la tabernera guiñando el ojo.

—Después confías en secreto a Mala-cara, Barrabás y Chafarrocas lo que ha sucedido y les dices que estén a la mira. Sileta conoce a los de la casa del Virrey, cuyos criados van a la taberna más de lo que debieran; ella les hará hablar, que ya sabe hacerlo. Los soldados y sus jefes también acuden a beber allí, y tu sobrina sabe con sus canciones sacarles las palabras a las mil maravillas. Por ella lo sabremos todo. ¡Que Sileta parezca muy castellana y muy partidaria del Rey y su Ministro, y que esté, en apariencia, muy reñida contigo; porque si la señora de Queralt ha dicho algo puede hacer ver tu sobrina que no participa de tus opiniones, sino de

las del Gobierno. Conviene que les dé noticias falsas relativas a la insurrección que se prepara, haciéndoles creer que ésta ha fracasado por ahora, recomendándoles que lo tengan bien secreto, alegando que si tú lo supieras podría pasarlo mal.

—Perdone Vuestra Señoría, dijo Catalina; con este juego yo pierdo, pues si mi sobrina se pone en buen lugar, yo quedo en muy mala posición. Se me considerará como a conspiradora contra el Gobierno, y el día menos pensado viene la Santa Hermandad, me arresta, me lleva a la cárcel, me presento después ante el tribunal, en donde no faltará quien me conozca, y para entonces acusada de conspirar contra el Rey, y en vista de la vida y milagros de Juana Massisa, la compañera de Serrallonga, mi garganta huele a cáñamo. No lo dude Vuestra Señoría: la buena ciudad de Barcelona tendrá un día de asueto al presenciar como ahorcan a la amiga de Juan Sala y Serrallonga, el descuartizado de hace seis años con no poco júbilo de toda la chusma de la ciudad.

—Nada temas, contestó don Arnaldo. Si tienes diplomacia saldrás con la tuya, pues Sileta lo sabrá todo, y entonces vestida de hombre te escaparás a Francia acompañada de la partida de los Margarits, en la cual todos te conocen.

—Una vez en el campo, observó la tabernera, no temo al Rey, ni al Conde-Duque, ni a todos sus ejércitos. ¡Ah! si Serrallonga hubiese seguido mi consejo no le habrían cogido; pero el desgraciado se empeñó en exponerse demasiado y cayó en una emboscada. Con el arcabuz al hombro y sin esta falda, que me estorba, no temo a Rey ni a Roque; pero si me cogieran en la ciudad, como conejo en la gaza-pera, entonces sí que haría mal papel.

—No tengas cuidado, replicó don Arnaldo, con tal que estés sobre aviso. Ahora vete con Mala-cara a comer algo.

—Y después de comer marcharé, añadió Catalina.

Y salió.

V

DOS CUERDAS EN UN ARCO

Al salir Catalina se encontró en la antesala con Aníbal Bertucci, el cual, con la libertad soldadesca de aquellos tiempos, se adelantó en ademán de abrazarla; pero ella, levantando la mano, dijo:

—Sepa el galán que no falta en la Cuadra quien llevó ya su merecido, quedando en el patio renegando en italiano.

Aníbal prorrumpió a carcajadas pensando que el héroe de la aventura sería Ascanio de l'Acquaviva, y dejó pasar a la tabernera diciéndola:

—Adios, la mia bella. Cuando vaya a tu taberna me las pagareis tú y Sileta.

—Y su merced beberá el vino de la Cuadra de Malvehí que acabo de comprar.

—¿Quieres que te acompañe a Barcelona, cuore mio? preguntó con galantería el italiano. Te serviré de escolta, la mia regina.

—No tengo miedo, contestó Juana; buena compañía llevo en mi mozo de mulas, en un pedreñal que cuelga del arzón de mi silla y en los adornos que traigo en la cintura.

Y mostrando el puñal y las dos pistolas que traía se plantó delante del italiano, se puso en jarras, guiñó el ojo, torció el labio haciendo con mucha gracia un mohín y prosiguió:

—Es que soy catalana y no retrocedo por nadie, y ¡paso franco y a la vista!

Pasó con aire marcial por delante de Aníbal y salió de la pieza, mientras que el italiano admirado de tanto descaro exclamaba:

—¡Corpo di Bacco! con una mujer como ésta en mi ejército, ya despacharía a Bembo do Conto y Ascanio de l'Acquaviva, los mayores ladrones que pisan la tierra.

El joven se paró, bajó la cabeza, dió un suspiro y dijo para sí:

—¡Y Olalla! ¿cómo podré olvidar a esta ingrata? ¡Oh, mio Dio! No hay remedio, añadió; voy a verme con el señor de Malvehí y le mostraré mi corazón.

Penetró en la sala donde el señor de Malvehí se paseaba a largos pasos en ademán bastante preocupado, pero al divisar al joven italiano se paró de repente y su mirada brilló como iluminada por un rápido pensamiento. Alargó la mano a Bertucci, el cual la llevó a sus labios como si se tratara de un padre.

—¿Qué haceis, mi joven amigo? preguntó don Arnaldo, admirado.

—Mi deber, contestó Aníbal con voz conmovida; y si Vuestra Señoría me permite un rato de conversación podrá cerciorarse de ello.

El señor de Malvehí señaló un sillón al joven y él se sentó en otro, junto a él.

—Empezad, señor Bertucci.

—Que Vuestra Señoría tenga conmigo indulgencia. ¡Per Dio li prego!

Don Arnaldo tomó otra vez su aspecto serio.

—Empezad.

—Cuando vine a la Cuadra de Malvehí, dijo el joven animándose, vine poco menos que a son de conquistador. Las órdenes que traíamos de nuestros superiores eran muy severas, y de regreso de la guerra del Rosellón debíamos tratar a Cataluña poco menos que como país conquistado. «Los catalanes son rebeldes, nos decían desde Madrid, y es preciso sujetarles con el rigor y no tenerles consideración alguna. Tomad lo que os den y lo que no os den, pues por mucho que hagais en Cataluña todo es lícito.» Jefe de una horda de bandidos, que no son otra cosa la abigarrada tropa que tengo a mis órdenes, si no participé de sus inclinaciones, dejé hacer; y más de una vez la casa particular, la del sacerdote y, lo que es más, la del Señor, fueron saqueadas y robadas impunemente por Ascanio de l'Acquaviva, Bembo do Conto y demás sicarios que forman mi ejército. Extranjero en este país, sin tener por él ninguna simpatía, no es extraño que viera, sin pesar ni remordimientos, las fechorías de mi tropa. Vino un día que nos destinaron a Malvehí. Llegué aquí con todas las prevenciones que en contra de los grandes de Cataluña había aprendido en Madrid. Así es que Vuestra Señoría recordará con qué aires me presenté y con qué insolencia me senté a su mesa. Cuando ví que se presentaban en ella dos ángeles más que dos niñas, me quedé avergonzado de mi mal tono. Al ver a Antigua de Malvehí y a Olalla de Roquer me levanté instantáneamente, y dejando de ser soldado

aventurero, volví a ser lo que era: un caballero; porque yo, señor de Malvehí, soy bien nacido, y si mi sangre no es tan noble como la de Vuestra Señoría, mi familia es familia patricia de Nápoles y tenemos también nuestro escudo blasonado.

Aníbal calló, dió un suspiro, se volvió pálido y después colorado y miró con angustia al señor de Malvehí, el cual, frío y serio como una estatua de mármol, sólo pronunció una palabra.

—¿Qué diré a Vuestra Señoría ¡oh Santa Madona! si mis labios no osan pronunciarlo? Le diré que al levantarme de la mesa creí estar soñando. Le diré que aquella noche no pegué los ojos y que, como dos visiones celestes, se me presentaron aquellas bellezas que vi en la mesa. Le diré que más adelante la modesta Olalla de Roquer, tal vez menos bella que su prima, me arrebató el corazón y... ¡se lo dije! ¿Qué añadiré ahora sino que, creyéndome amado, vino un día que se me desengañó, y, desesperado, no me es posible vivir sin su amor? Olalla de Roquer es huérfana y sin fortuna; yo no soy rico, es verdad; pero bien visto del Conde-Duque, si solicito más alto empleo, puedo alcanzarle. Un día, a no tardar, podemos volver a tener guerra con Francia o volver a mi país natal, y allí puedo mejorar de posición, gracias a la protección de don Gaspar de Guzmán. Si esto sucediera y si yo me presentara al señor de Malvehí y le pidiera la mano de su sobrina, ¿qué me contestaría?

Don Arnaldo permaneció silencioso, y el joven comprimía su corazón que saltaba de angustia.

El señor de Malvehí pareció reflexionar; su mirada sombría se animó por una idea. Se sonrió, y

aquel rostro, pálido como el mármol y como el mármol frío, pareció recobrar cierta expresión.

Sus grandes ojos se fijaron en el joven que, casi de rodillas, tenía delante de sí, y al ver tanta belleza y juventud pareció de pronto envidiar aquella frescura que para él ya había pasado; pero, reponiéndose alargó su diestra a Bertucci y le dijo:

—Os permito que repitais a mi sobrina lo que habeis dicho ahora.

—¿Y si ella me rechaza? preguntó el joven con ansiedad.

—Decidle que yo lo sé todo y os permito que la habléis.

Aníbal, loco de contento, tomó las manos de don Arnaldo y las cubrió de besos, diciendo:

—Os debo más que la vida, pues Vuestra Señoría me hace el más feliz de los hombres.

Saludó al señor de Malvehí y salió del salón llevando el paraíso en el alma.

Don Arnaldo quedó solo; su mirada brilló con sombrío fuego.

—Hé aquí a un hombre de quien haré lo que me plazca; si el francés ha descubierto en parte mi plan y me ha comprometido, este italiano será mi salvaguardia delante del Virrey y el Conde-Duque. Si un día mis planes salieran fallidos, si Leonoreta diera al traste con ellos, la influencia de Aníbal puede estorbar a la señora de Queralt, por más que ella sea parienta del Lugarteniente; si Cataluña debe continuar española, este joven excusará para con el del Conde-Duque mi conducta contraria a Felipe IV. Sale bien mi plan: el Cardenal Ministro me pagará bien la posesión de Cataluña. Sale mal: Aníbal Ber-

tucci me presenta al Conde-Duque como un aliado suyo, excusa mi exceso de amor a mi país, y cerca del de Olivares podré lograr en Madrid, sino la fortuna que me aguardaba en París, a lo menos la consideración de un buen servidor del Rey de España. Olalla me sirve en esto a las mil maravillas, teniendo dos cuerdas en un arco por lo que pueda suceder, y todo lo que averiguó Leonoreta no la puede servir de cosa alguna contra mí. ¡Olalla! repitió con acento sombrío, palideciendo: ella debe ser el instrumento de que yo me valga. ¡Pobre niña! y después de haberla prohibido amar a este joven, ahora porque conviene a mis planes la autorizo otra vez para que ame a quien, si un día Cataluña fuese independiente, tal vez vea colgando de uno de los robles de Malvehí. ¡Oh qué horror! ¡pobre niña! ¿Qué me diría entonces? ¿Qué me diría mi conciencia y mi corazón, yo que daría por ella un mundo entero y que la amo, oh Dios mío, más que a mi vida!

Don Arnaldo pasó la mano por su frente, hizo un esfuerzo y recobró su aspecto frío y serio.

—No debo tener debilidades. Mi historia debe permanecer siempre oculta. Lorenzo la callará, pues le tiene cuenta. ¡Es como yo, un santo hombre! añadió con amarga sonrisa. En cuanto a la dama de Queralt, no querrá perderse perdiéndome a mí. A los tres nos trae cuenta callar. Todos representamos muy bien la comedia, y en este mundo la mayor parte del tiempo no se hace otra cosa.

El señor de Malvehí atravesó la sala con paso mesurado, se envolvió con un ferreruelo, tomó el sombrero y se dirigió hacia el santuario de Nuestra Señora de la Antigua.

Al pasar por el patio exterior de la Cuadra, todos los servidores y guardias que allí había, se descubrieron a la vista de don Arnaldo, y cuantos encontró en el camino le saludaron con el respeto y veneración debidos a sus virtudes y a su estirpe.

VI

ANTIGUAS HISTORIAS

El señor de Malvehí llegó a la hermita e hizo un rato de oración.

El santuario de la Antigua estaba desierto y el silencio de la tumba reinaba allí.

Don Arnaldo volvió el rostro y vió fuera elevarse la fatídica cruz de los herejes, la cual cobijaba la tumba del matrimonio réprobo.

Don Arnaldo tembló por primera vez y le pareció que la imagen de rostro negro y facciones adustas le miraba con enojo, y que las alimañas fantásticas que servían de escabel a la Virgen y de compañeros a San Jorge y Santa Margarita, le hacían extraños visajes.

Don Arnaldo se levantó asustado, y saliendo del templo llamó a la celda del ermitaño.

La celda se abrió y apareció el solitario, el cual al divisarle exclamó:

—¡Eres tú, don Arnaldo! Te aguardaba.

—Deseaba verte también, Lorenzo, dijo el señor de Malvehí, y darte una comisión relativa a Olalla.

—¿Relativa a Olalla? preguntó admirado el ermi-

taño. ¿Qué más natural que esta comisión la hicieses tú?

Don Arnaldo calló un momento, bajó los ojos ante la mirada escudriñadora de Lorenzo y después prosiguió turbado:

—Ya sabes que debo tener a Olalla a cierta distancia porque mi alma entera se iría tras ella, y si hablara con ella muy a menudo, un día no sería dueño de mí y le tendería los brazos, cosa que no he hecho nunca con Antigua.

—¿Y qué tendría esto de particular? observó el ermitaño.

—Nunca un hombre debe perder su dignidad ni hacer ver su cariño por más que éste sea un deber, contestó el señor de Malvehí, levantando la cabeza.

—Mucho te compadezco, don Arnaldo, dijo Lorenzo. No solo es a Dios a quien ofendes por tu orgullo, sino que te privas de los más caros sentimientos. ¿Por qué no abres tus brazos a Olalla? ¿Por qué no la dices: Tú no eres como Antigua, pues te quiero más a causa de tu desgracia, por ser huérfana y pobre, y porque tu madre te hizo mi hija en su lecho de muerte y, a solas conmigo, puedes descansar tu hermosa cabeza en mi pecho, y yo puedo sellar, sin ruborizarte, tu frente con mis labios porque el lazo que nos une lo autoriza? No lo digas a nadie que te amo como hija mía. A la luz del sol llámame tío. Solos los dos, sin testigos, entre lágrimas de gozo que salen del corazón, llámame padre, si quieres, pues quiero serlo tuyo.

—¡Silencio en nombre de Dios! interrumpió don Arnaldo con angustia. Primero morir. ¿Crees que yo podría presentarme a Olalla si supiera que yo la

amo hasta tal punto? Nunca, pues tendría que rebajar mi dignidad ante ella, y si aprecio esta mentida forma de austeridad, la quiero más delante de Olalla que delante de ningún príncipe de la tierra. El día que mis fragilidades salieran a la luz ¡oh Dios mío! tal vez sería el último de mi vida.

—Mucha lástima me das, continuó el ermitaño. Es decir, temes que el mundo sepa tus fragilidades y, sin embargo, las cometiste delante de Dios! Si Dios las vió, ¿qué importa que todo el mundo las sepa? Los que tememos que nuestro vecino pueda echarnos en cara nuestras faltas, no tenemos otra cosa sino un amor propio desmedido. ¿A qué encubrir tus maldades con hipocresía, si Dios las vió y las ha de juzgar? Arrepentimiento de ellas: no vergüenza farisáica, porque el arrepentimiento vino del cielo. La vergüenza es en este punto una necesidad. Magdalena primero y Agustín después, nos dicen lo que son el arrepentimiento y la vergüenza: la primera, llorando sus pecados públicamente en casa del fariseo; el segundo, escribiendo y publicando los suyos en sus confesiones. La primera, de noble extirpe como tú; el segundo, un talento al cual nunca ni tú ni yo llegaremos.

El señor de Malvehí dejóse caer en su asiento; anonadado y cubierto el rostro con las manos, sollozaba como un niño, exclamando:

—¡Oh! por qué vivo aún?

El ermitaño guardó silencio, y después tomando la mano a don Arnaldo y cogiéndole en sus brazos, le dijo con cariño:

—Tú ya sabes que te quiero, amigo mío. Nuestra amistad arranca de donde empieza nuestra vida.

Niños, jugamos juntos y una misma madre nos alimentó en sus pechos, pues la que me dió el sér te sirvió a tí de nodriza, y te dió la leche que me quitó a mí. ¿Crees que te amo, don Arnaldo?

El señor de Malvehí se arrojó a los brazos del ermitaño, juntó su rostro con el suyo y sus lágrimas se mezclaron por largo rato.

—Sosiégate, dijo Lorenzo con voz conmovida y enjugando su llanto. Te repito que te amo, don Arnaldo, y por esto quería hacerte partícipe de mi felicidad. Como tú, siendo joven seguí la carrera de las armas; como tú, más tarde, queriendo aprender las letras, te seguí a Italia, fuí tu sombra, tu otra mitad, y si bien de origen plebeyo, tú me ennobleciste llamándome tu amigo. Don Galaor, que era tu nombre de batalla, y Lorenzo, dieron no poco que hablar allá en Bolonia, en donde, por desgracia, conocí a los gemelos de Orsini, que en mala hora me llevaron a su casa, en la cual vi por fatalidad a Leonoreta. Si la amé ¡oh Dios mío! sólo Él lo sabe; pero Leonoreta no ha tenido corazón. Se hizo amar y después se burló de mí. Lo prometió todo, pero no cumplió nada. La ofrecí mi mano y la despreció porque te había conocido a tí y tú eres noble y rico, al paso que yo era plebeyo y pobre; pero no por esto dejaba de ser un buen partido para Leonoreta de Orsini, hermana de Cosimo y Damiano, que tenían a sus órdenes a los bandidos de las Romanías, Nápoles y Calabria. Si ella no era lo que se llama una mujer perdida, su reputación no dejaba de ser poco menos que dudosa. Me pediste un día que abandonara toda pretensión relativa a Leonoreta y lo hice para complacerte, pues habiéndola yo amenazado

con publicar lo que sabía de ella y de sus hermanos, había consentido en abandonarte y ser mi esposa. Me pediste el sacrificio de toda mi vida y lo hice en aras de mi amistad para contigo. Después...

Don Arnaldo se levantó lívido, puso la mano sobre la boca de Lorenzo y dijo con angustia:

—¡No, no prosigas, por piedad!

—Cuando Leonoreta, faltando a todos sus deberes, añadió con voz estridente el ermitaño, te despidió a tí para ser esposa de Guillén de Queralt, cuando como yo la amenazaste de que publicarías su vida y la de sus hermanos, te contestó con sangre fría: «Calla y ven esta noche.» Como de costumbre fuiste allí, y en lugar de encontrar a la mujer amada, dos hombres enmascarados te cogieron por el cuello, y el fino acero de dos puñales penetró en tu pecho, mientras que ella, alumbrada por una antorcha, salía del portal de su medio derruido palacio y gritaba: «¡Va via la vendetta d'Orsini! ¡Va via!» Creyeron dejarte cadáver en un estrecho callejón de Bolonia. Allí donde te recogí moribundo.

Don Arnaldo cogió de nuevo a su amigo en sus brazos.

—Sí, dijo, te debo la vida. Después me llevaste medio muerto a Nápoles en busca de mi hermana; no quisiste acusar a Leonoreta por no perderla, y abandonamos para siempre a Bolonia. Mi pobre hermana, aborrecida de toda la familia porque se había casado a disgusto de todos nosotros, me recibió con los brazos abiertos y fué mi enfermera.

—Entonces la pobre Antigua, recientemente viuda y desvalida, fué madre, dijo Lorenzo. Aún resuenan en mis oídos las palabras que te dirigió

a tí: «Arnaldo, decía con lágrimas en los ojos, sé el padre y el padrino de mi pobre hija. Toda mi familia me aborrece; soy el oprobio y el baldón de ella. No abandones a mi hija: ¡te lo pido en nombre de Dios!» La llevaste a la iglesia, y en San Francisco de Paula de Nápoles la sostuviste en tus brazos, interín recibió el agua de la redención. Al volverla a su madre la dijiste: «Olalla es mi hija y yo no tendré otra. El mundo me ha desengañado y haré voto de castidad perpétua, pero esto no me impedirá el tener una hija, pues la tuya lo es mía y en ella depositaré mi cariño». Antigua te abrazó y dijo entre lágrimas: «Gracias, Arnaldo; ya puedo morir.» Yo entonces, enternecido, añadí: «Si un día Arnaldo olvidara su promesa, yo seré el padre de tu hija, Antigua, y Olalla, en lugar del padre verdadero, que no existe, pues Dios se lo llevó consigo, tendrá dos padres adoptivos: Arnaldo y yo.» Desde entonces la quiero, don Arnaldo, poco menos que tú y vigilaré por ella, y si la ambición, que te ciega casi siempre, te hace injusto con ella; si un día viniera aquí y me dijera: «Soy desgraciada», la diría: «Ven, hija mía, pues por tal te amo», y la llevaría lejos de tí, en donde jamás la vieras. Esto sucederá el día en que Olalla venga a ponerse bajo mi salvaguardia. Ella lo sabe; se lo he prometido cien veces.

Don Arnaldo se estremeció y guardó penoso silencio.

El ermitaño prosiguió:

—Tú ya sabes que de regreso a España te pedí este rincón de tus posesiones; te pedí el ser ermitaño de Nuestra Señora de la Antigua, y te pedí

el secreto de mi nombre. Mis padres no existían ni los tuyos tampoco, no habiendo en Malvehí más que una huérfana, la heredera última del señorío a la que tú debías servir de padre.

—Y lo he hecho, dijo con tristeza don Arnaldo; he profesado un hábito o sea cruz votada, renunciando para siempre las delicias de ser padre y relegando a la oscuridad el nombre de mi casa, que fenecerá conmigo después de haber ilustrado a nuestra patria durante siglos enteros.

El señor de Malvehí bajó la frente abrumada por tristes recuerdos y prosiguió, dirigiéndose a Lorenzo:

—Lo que me ha traído aquí no te lo he dicho aún, y es que Aníbal Bertucci ama a Olalla y yo le dije que no quería semejante boda. A la pobre niña le costó lágrimas, pero obedeciendo, desengañó al joven guardia del Rey. Hoy Aníbal me ha pedido ser su esposo y yo, turbado, le he dicho que no me opondría a ello. Esto puedes repetírselo a Olalla si viene a consultarte.

El ermitaño cogió en sus brazos a don Arnaldo, fijó sus ojos en los suyos y dijo:

—Mírame de frente, y sin apartar tu mirada de la mía, contéstame a lo que te pregunte.

—¿Qué quieres? preguntó palideciendo el señor de Malvehí.

—¿Qué motivo tienes para conceder hoy a Olalla lo que le negaste ayer? preguntó Lorenzo, sin dejar de mirarle de hito en hito.

—¡Yo! contestó turbado don Arnaldo, ninguno. El convencimiento tal vez de que lo hice mal. En fin; la felicidad de la niña, si tú quieres.

El ermitaño se sonrió con amargura, añadiendo:

—¡Tú, acérrimo defensor de Cataluña! tú, que odias al Conde-Duque nuestro opresor, das la mano del sér que más amas a uno de sus guardias? No te creo, don Arnaldo. Tus fines van más allá; Olalla será hoy el cebo con el cual te servirás de ese joven: después, si te conviene, volverás a destrozar el corazón de la pobre niña prohibiéndole lo que hoy le autorizas. Eres un tigre, don Arnaldo; tus lágrimas de un momento, no son más que una comedia. Quisiste que te tuviera yo por un padre tierno, así como los demás te consideran sabio y santo. Tú vas derecho a tus fines, caiga quien caiga, y caerás también queriendo elevarte, porque Dios es justo. Me causas horror.

Don Arnaldo se levantó frío y mudo, alargó la mano a Lorenzo y le dijo.

—Quedad con Dios.

—Con Él confío quedar, contestó con entereza el ermitaño. Cuando venga Olalla le diré que encomiende a Dios a sus padres el señor de Roquer y Antigua de Malvehí, que le dieron el sér, pues el que quedó en su lugar en la tierra no ha cumplido sus promesas, faltando a los juramentos hechos a su difunta madre.

El señor de Malvehí se volvió de mil colores; puso la mano en el puño de su espada, exclamando:

—¡Por vida mía!

—¡Silencio! gritó imperiosamente el ermitaño; no cometas un asesinato en la persona de un amigo. Bastante cuenta tendrás que dar en el tribunal de Dios con lo que ha pasado y con lo que tal vez prepares. ¡Queda con Dios!

Don Arnaldo se envolvió con el ferreruelo, se puso el sombrero y salió temblando de coraje.

Pocos instantes después, el santo ermitaño rezaba de rodillas ante la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Antigua. Su mirada que era triste, se animó a favor del rezo, y con voz robusta pero bella cantó las coplas de la Virgen.

Al concluir oyó un coro que cantaba:

«Les ninetes ploren,
Ploren de tristó,
Perque'n Serrallonga
N'es a la presó.»

—Ahí están los ladrones, pensó el ermitaño.

Y miró hacia fuera.

Lo que vió le sorprendió

Rodeada de hombres armados y montada en un mulo una mujer bella, vestida de payesa y con una redecilla y falda coloradas, daba con júbilo la mano a todos los de aquella chusma.

Aquellos bandidos gritaban ¡Viva Juana! Mas ella poniéndose un dedo delante de la boca, les impuso silencio, picó al mulo y partió a escape, mientras la banda repetía la canción con gritos desaforados.

Luego vió pasar una recua de mulos y mulas, cargados de pellejos de vino y escoltados por los ladrones de la partida de los Margarits.

—Hé aquí el enigma, dijo el ermitaño; todo lo comprendo. El señor de Malvehí, con tal de lograr la suya, hará alianza no tan solo con los franceses, sino con los ladrones y salteadores de caminos.

Lorenzo cerró el enverjado del Santuario y se volvió a su celda, cerrándose con llave y cerrojo.

Los ecos de las montañas vecinas repetían el siniestro coro, acompañado del sonido de los cascabeles y cencerros de la recua que conducía a la taberna del Infierno el vino que Juana Massissa acababa de comprar al señor de Malvehí.

VIII

LOS PREPARATIVOS

Hemos dicho al empezar esta segunda parte que estábamos en primavera, y lo que llevamos relatado pasó desde Enero hasta últimos de Marzo. Como trascurriera este tiempo y don Arnaldo no vió providencia ninguna por parte del Virrey, ni Catalina por medio de Sileta pudo averiguar cosa alguna, pues nada se había traslucido de lo que Gastón de Lorenzay contara en mala hora a la dama de Queralt, el señor de Malvehí se perdía en conjeturas, no sabiendo qué pensar de semejante misterio.

¿Cómo era que Eleonora, enlazada con la familia del Lugarteniente, guardara un secreto que tanto interesara a don Dalmacio de Queralt? Si lo había revelado, ¿cómo vivía éste tan descuidado?

Tanta quietud alarmaba al señor de la Cuadra. Eleonora, su mortal enemiga y ambiciosa por otra parte, podía satisfacer a un tiempo su venganza y su ambición, pues el Conde-Duque no hubiera dejado de pagar bien a quién le revelara un plan que, como el que iba a llevarse a cabo, podría producir la caída del favorito de Felipe IV, cuando no la pérdida por España de Cataluña y el Rosellón.

Si bien don Arnaldo no conocía aún lo suficiente este enigma que se llama la más bella mitad del género humano, y cuyo libro está cerrado con frágiles sellos, ¿quién es el hombre que conoce a la mujer que nos acompaña en nuestra vida, y que si es buena cada día tiene nuevas gracias que no sospecháramos en ella, y que si es mala es un caos en el cual uno se pierde?

Eleonora era un hermoso mónstruo. Ya se habrá conocido en lo que llevo relatado que era capaz de todo. Capaz fué, por tanto, de callar a su marido lo que tanto le interesaba a él y a su familia; y el Lugarteniente no supo, de lo que había sucedido en la taberna del Infierno, sino lo que ella buenamente quiso decirle por convenir a sus planes.

La dama de Queralt amenazó nada menos que con la muerte a doña Guiomar si alguna cosa se traslucía, y como la dueña conocía de sobras a su ama, ya se creyó de cuerpo presente el día que una indiscreción involuntaria hiciera público lo que tan solo se había hablado entre su ama, ella y el joven francés.

¿Qué interés tenía Eleonora en callar?

El mismo que el señor de Malvehí en obrar.

El interés de la dama de Queralt era el que su hija fuese la esposa de Gastón y entonces serían para ella todos los honores que se preparaban para la casa de Malvehí. En una palabra: don Arnaldo sacaría, como vulgarmente se dice, las castañas del fuego, y ella se las comería sin quemarse ni tiznarse las manos.

Podría equivocarse Eleonora, pero su genio emprendedor lo encontraba todo factible y ponía toda

su atención en llevar a cabo el deseado matrimonio. Con la dueña habían ideado un plan diabólico para estorbar, aunque fuera la víspera de efectuarse, el de Antigua con monsieur de Lorenzay, y el de su hija con don Ramiro, trocando los papeles.

Dos dificultades y no pequeñas se atravesaban: la honradez de don Guillén y la rectitud de carácter de Madrona.

Al uno pensaba vencerle con su mentida ternura, pero la otra le infundía miedo, pues la joven de Queralt había heredado de su padre y de su madre todo lo mejor. Tenía la honradez de don Guillén y la resolución de Eleonora, pero llevada por buen camino. Su madre sabía de sobras que al proponerle el enlace con el joven francés contestaría con resolución: —Que ella se estimaba demasiado para tomar a una amiga su prometido, y que, por otra parte, nunca faltaría a la palabra que tenía empeñada con su primo don Ramiro de Queralt.

Es verdad que el tal don Ramiro, gracias a la habilidad de la dueña, faltaba al compromiso; pero aún así, el carácter romancesco de la joven de Queralt podría, si sospechaba que había sido juguete de una intriga, aferrarse en la idea de no querer a su prometido por haber faltado él a su palabra, pero tampoco a Gastón por igual motivo.

Eleonora conocía el carácter de su hija y la hacía temblar, por cuanto sabía de sobras que, sin faltarla al respeto debido, no se prestaría a ninguna infamia, y siempre la madre tendría que bajar la cabeza ante la hija.

Sin embargo, he dicho que Leonoreta era osada por demás, y pensó que, gracias a su genio y a su

estrella, pues era supersticiosa a fuer de italiana, todo se arreglaría según a ella le parecía.

Doña Guiomar, la respetable dueña, hizo su papel a las mil maravillas, y recibía las cartas del francés, que daba a la señora, y mandaba a Bembo do Conto, su compatriota, las que escribía don Ramiro a la heredera de Malvehí, las cuales el buen portugués entregaba a la señorita; recibiendo en cambio las contestaciones de ésta, doña Guiomar, las que la dueña daba al joven de Queralt.

Don Arnaldo ignoraba este juego; don Guillén y su hija lo ignoraban también, y la cosa seguía adelante hasta que, llegado el mes de Junio, el señor de Malvehí anunció a su sobrina que se preparase para ser, en la víspera de la festividad del Corpus, la esposa de Gastón de Lorenzay, quien vendría seis días antes.

Cortés por demás don Arnaldo hizo un viaje a Barcelona para convidar a los señores de Queralt a la boda de su sobrina.

Don Guillén le recibió como un verdadero amigo; pero aunque se habían visto en Bolonia, aunque habían frecuentado los dos las mismas escuelas, ¿cómo podía pensar el señor de Queralt que aquel caballero bello, es verdad, pero de mirada adusta y severa, de presencia magestuosa, vestido de negro con su cruz votada en el pecho, con sus cabellos y barba blancos, que hablaba poco y que bajaba los ojos a la vista de una mujer, y cuyo aspecto era de un anacoreta más que de un hombre de mundo, cómo podía pensar, digo, que aquel era el joven rubio, bullicioso y calavera que, bajo el nombre de don Galaor, conoció allá en Italia, y que fué uno de

los amantes de Leonoreta de Orsini y el qué, atendida su travesura, le dió más que pensar?

No es necesario decir que don Guillén no conoció, ni por asomo, en don Arnaldo de Malvehí al travieso don Galaor, el terror de las damas de Bolonia, pues nadie había cambiado tanto como el señor de Malvehí.

Don Guillén lo recibió con toda la cortesía; la cortesía de aquella época tan llena de ceremonia.

El señor de Queralt se excusó de ir a la boda de Antigua de Malvehí, pues si bien ignoraba los planes que se fraguaban en Cataluña contra el Gobierno de Felipe IV, se temía algo, y el Lugarteniente después de la muerte del alguacil Monredón, estaba sobre aviso sospechando que en un día dado el pueblo se levantaría, y quería tener a su lado caballeros de quien fiarse, y nadie más a propósito que don Guillén, su pariente. Por este motivo el señor de Queralt se excusó, diciendo que su esposa, su hija y su sobrino representarían la casa en la boda de Antigua, y que después él haría personalmente una visita al señor de Malvehí para darle las gracias del acogimiento que dispensara a su hija querida y más tarde a su esposa.

El señor de Queralt acompañó a don Arnaldo a las habitaciones de Eleonora.

Los dos antiguos amantes representaron respectivamente su papel a las mil maravillas. Al verles frente a frente el uno del otro, ella amable pero digna como toda señora bien nacida, él cortés y severo como a una persona que si bien pertenece al mundo, por su rango no le llama la atención cosa alguna de lo que en él sucede. Era un cuadro digno

de estudiarse. El observador más minucioso no hubiera sospechado que entre aquellas dos personas hubiese mediado nunca otro lazo sino el de la pura cortesía, y don Guillén, celoso de todo el mundo, confió sin reserva a don Arnaldo su bella esposa, creyendo que con un caballero tan austero, más monje que hombre de mundo, una dama nada tenía que temer. Veía que el señor de Malvehí, lejos de mirar la belleza de Eleonora, apartaba de ella los ojos y los tenía fijos en el suelo, semejando las estatuas de esos santos Fundadores de las primeras órdenes monásticas.

—Este hombre es un sabio y un santo, pensó don Guillén; y mi esposa y mi hija tendrán en él, siempre que se ofrezca, un verdadero defensor.

Don Arnaldo se despidió del señor de Queralt, quedando en que al día siguiente vendría por la mañana y se llevaría en su compañía a las damas de Queralt.

En vano le suplicó don Guillén que se quedara en su casa. El señor de Malvehí objetó que se alojaría en uno de los conventos de Barcelona, cuyo prior era deudo suyo, y el señor de Queralt pensó que, atendida su virtud, a don Arnaldo le placía más la compañía de los religiosos que la de las damas.

Despidiéronse los dos señores dándose los brazos, como era de costumbre entonces entre dos verdaderos amigos.

Don Arnaldo aparentó dirigirse al convento; pero después torciendo una calle, se encaminó hacia la Riera de San Juan y llamó a la puerta del huertecillo de la taberna del Infierno.

Un momento después apareció Catalina.

Don Arnaldo la saludó y la bella ladrona, haciendo una reverencia, dejó pasar al caballero, cerrando la puerta.

IX

LA CONSPIRACIÓN

En la noche del día en el cual don Arnaldo hiciera la visita al señor de Queralt, la taberna del Infierno estaba llena de concurrentes; pero detrás del mostrador faltaba el astro que alumbraba siempre con su belleza radiante aquel caos. Faltaba Catalina con su falda colorada, su redecilla y sus cadenas y relicarios de plata. Sileta suplía su falta, y a Sileta reemplazaban como podían el mozo imbécil y Reparada, pero con tan mala maña que, como todos pedían, gritaban y juraban, servían aguardiente al que pedía vino, y vino al que pedía aguardiente, motivándose con ello una algazara de gritos, votos y malas palabras que justificaban perfectamente el título de la taberna.

Se juraba y blasfemaba en todos los idiomas, por ser los más de los bebedores individuos del entonces abigarrado ejército español.

—¿Ma perche non veda a la Catherina? decía un italiano. ¡Corpo di Dio! ¿dove sei la maledetta?

—Mi tía está algo enferma, respondía Sileta, y no puede bajar hoy.

—¿Por qué no nos cantas algo, Sileta? preguntó un castellano.

—Si no lo entenderás, contestaba la joven en el mismo idioma. Mis canciones son en catalán.

—Ya las entiendo, replicó el soldado.

Y dando un suspiro capaz de apagar los candiles que colgaban del techo, añadió:

—De tí, mi cara Cecilia, hasta comprendería el griego. Mira, hermosa, ¡si tú quisieras escucharme!

—¿Se me depararía un porvenir envidiable, no es verdad, contestó, siendo la esposa de un soldado que, las más de las veces, debe robar para mantenerse?

—Questa dannata de Reparatta, gritaba un italiano medio chapurrando el español; nos lo sirve todo menos lo que la pedimos.

Sileta se levantó, propinó un pescozón a la pobre imbécil y sirvió al soldado lo que ella quiso, amenizándolo con una sonrisa que hizo más contento al militar que todo lo que podía pedir en la taberna.

—Vaya, Sileta, dijo un buen mozo gitano que acababa de llegar y se sentó junto a una mesa de la cual Reparada le sirvió unas guindillas con vinagre, un par de sardinas, junto con medio porrón del negro; vaya, Sileta, qué es menester que nos cantes hoy, pues se acercan fiestas y la buena gente debe estar alegre.

La joven se acercó al gitano y poniendo en la mesa una aceitera, dijo alto:

—Esta simple de Reparada te servía las sardinas sin aceite.

Y bajando la voz, añadió:

—Los buenos mozos están arriba, Mala-cara.

—Canta, dijo el ex-contrahecho.

Y en voz también baja añadió.

—Mete mucho ruido, pues no sea que oigan algo los de abajo.

Sileta se puso en pié junto al mostrador. Las mesas llenas de gente de la peor calaña, alumbradas por candiles que colgaban del techo, viéndose a lo largo las pipas de vino y en el fondo el lienzo con las almas del purgatorio. Todo esto aparecía medio confuso por la humareda que salía de la cocina y de las pipas de los soldados que fumaban, destacando entre tanta bruma la figura arrogante de la cantadora, que formaba un cuadro de líneas tan robustas, que era digno del pincel de Salvador Rosa.

La joven empezó una canción festiva y alegre.

Los concurrentes, al són de sus vasos de estafío y los porrones de vidrio verde, iban repitiendo la canción de la bella moza.

Mala-cara concluyó su frugal merienda y desapareció sin ser notado, guiñando de paso el ojo a muchos que estaban sentados junto a la mesa, y que se levantaron paulatinamente y se fueron escabullendo sin despertar la curiosidad. Sus lugares fueron ocupados por individuos de tropa, criados de las casas y trajineros.

Reparada y el imbécil no se daban punto de reposo en servir vino, dándolo dulce al que lo quería seco y al revés; pero con la voz y la belleza de aquella sirena con redecilla encarnada, hubiera bebido vinagre en lugar de hipocrás, sin observarlo tal vez.

La calle estaba llena de curiosos y hasta el arcabucero que daba la guardia al vetusto edificio de la Inquisición estaba tentado de abandonar su puesto para oír de más cerca aquella bella voz cuyos ecos llegaban hasta él confusamente.

Otra escena muy distinta sucedía arriba.

La espaciosa sala estaba llena, y si bien algunos permanecían sentados, los demás tenían que aguardarse en pié, pues no había sillones para tantos.

Todos eran hombres pertenecientes a las diferentes clases de la sociedad, desde el caballero hasta el gitano y el bandido.

Catalina no estaba allí, pero permanecía de centinela junto a la puerta del huertecillo, entreabierto a fin de que los que venían no tuvieran que llamar y no atrajesen la atención del vecindario.

A todos los que entraban, la tabernera les saludaba llamándoles por sus nombres. Algunos atrevidos le daban algún golpecillo en la cara o algún pellizco, lo que les valía un pescozón o una bofetada; y cuenta que los que así se propasaban no eran todos gente ordinaria, pues los caballeros también trataban a Catalina como a país conquistado, no quedándose ella corta. Del mismo modo derribaba una barretina que un sombrero con pluma.

Cuando todos los llamados estuvieron en la casa, aquel marimacho cerró la puerta con llave, subió y se mezcló entre los hombres, ya que no era la última interesada en lo que iba a suceder.

He dicho que el edificio, que entonces se titulaba la taberna del Infierno, del cual hoy no quedan vestigios, (pues la casa que se levanta en su solar que

hace esquina a la calle o callejón del Infierno es más nueva, y no es otra cosa que parte de la que fué la antigua taberna), sería en tiempos remotos una mansión señorial propia de esas familias que se extinguen por falta de sucesión y que Catalina compró en buena moneda, cuya procedencia se guardaría bien en publicar, haciéndose dueña bajo el nombre de Catalina Berga, personaje ficticio que solo existía en la imaginación de Juana Massissa.

Por ser casa antigua, la sala era vasta con artesonado techo de nogal, pero ennegrecido, viéndose en sus cuatro ángulos el antiguo escudo de la primitiva familia, el cual aparecía también sobre las puertas cuyos lindares eran de piedra labrada.

Cuatro grandes velones de latón colgaban del techo por medio de alambres y tenía cada uno de ellos sus cuatro mecheros encendidos que despedían más humo que luz.

La ventana ojival que daba a la calle tenía sus postigos cuidadosamente cerrados y se hacía el menor ruido posible, oyéndose distintamente la voz de Sileta, que cantaba la canción del cazador.

La voz de don Arnaldo de Malvehí se dejó oír en la sala, solemne y reposadamente.

—Amigos, dijo levantándose del sillón en el cual estaba sentado. Ha llegado el tiempo en que nuestra Cataluña debe obrar. Cada día el Conde-Duque nos ultraja más, y este Rey, ciego con su favorito, es más bien el padrastro que el padre del Principado.

—¡Es el Rey! interrumpió un noble, y nosotros no queremos levantarnos contra Felipe IV; no queremos al favorito, pero el Rey ya es otra cosa.

Un murmullo de aprobación general siguió a estas palabras.

El señor de Malvehí se inclinó ante el caballero y continuó:

—Vuestra Señoría está en lo cierto, pero S. M. ha prometido venir a celebrar cortes en Cataluña y este día no llega nunca, ni llegará mientras don Gaspar de Guzmán continúe gozando de la privanza del Rey. El país va de mal en peor; Portugal siente un malestar; el Rosellón, fiel a España, está tratado como a una verdadera conquista; y las calles de Perpiñán las más de las veces están transformadas en verdaderos campamentos por las abigarradas tropas de nuestro ejército, al igual que los llanos de Rivesaltes y las playas de Colliure y Portvendres. ¿Qué diré de Cataluña? Todos los días se repiten nuevos atropellos, y ¿por qué? Por el odio que nos tiene el favorito. El de Guzmán quiere quitarnos nuestros fueros como se quitaron los de Castilla y, más tarde, los de Aragón. ¿Creéis que a ningún Rey le gustan los fueros de una parte de su reino? ¿Creéis que a Felipe IV le disgustaría que Cataluña perdiese sus fueros?

—Pues ¡abajo el Rey! y ¡vivan los fueros! gritó un hombre del pueblo.

—No tanto, contestó el señor de Malvehí; pero sí abajo el favorito y vivan los fueros. Tenemos en Barcelona a un Lugarteniente catalán, pero, forzoso es decirlo, se acuerda más de su Rey que de su patria. Don Dalmacio de Queralt es más del Conde-Duque que un verdadero catalán. Fuera don Dalmacio de Queralt y venga otro Virrey más a propósito para el Principado. No queremos hombres vendidos a los castellanos.

—Es preciso, dijo el caballero que hablara primero, que se presente al Rey lo que está pasando.

—¡Al Rey! interrumpió don Arnaldo. Va errado Vuestra Señoría, ¿Qué hará el Rey? Harto tiene con sus poetas y con sus intrigas del Buen Retiro. Felipe IV es un Rey galante, poeta y enamorado. Déjenlo con lo suyo, que don Gaspar se cuidará de lo demás.

—Pero entre tanto, dijo un menestral, nuestro país sufre.

—Y nuestros campos están talados, gritó un labrador; nuestras mieses sirven de pasto a las caballerías de estos bandidos calabreses, irlandeses, suizos y castellanos que se titulan ejército de su Majestad, que nos explotan, nos roban y nadie les castiga. Y si nosotros queremos defendernos se nos ahorca y nos llaman catalanes rebelados. ¿Esto puede continuar así? ¿Se creen acaso en Castilla que somos negros, según nos tratan? El soldado se sienta a nuestra mesa, duerme en mejor cama, nos roba nuestro ganado y las mejores aves de nuestros corrales, y tenemos que callar porque tienen orden del Rey para hacer lo que hacen. ¿Se permite esto ni en tierra de moros?

—Tiene razón ¡ira de Dios! gritó el bandido Chafarrocas que estaba allí. Si en otro tiempo se hubiese hecho esto, no quedaba en Cataluña uno solo del ejército real.

—Nuestro Lugarteniente tiene la culpa de todo, dijo el señor de Malvehí. Don Dalmacio de Queralt, Conde de Santa Coloma, debería acordarse que es catalán y no permitir que se vejase al país de esta manera, y que estos foragidos italianos, irlandeses, portugueses y castellanos fuesen el azote de nuestros hogares. Supuesto que él es una hechura del

Conde-Duque, es menester que el país se levante al grito de ¡Viva el Rey y mueran los tiranos! y enarbolando nuestra bandera patria, hagamos ver al de Olivares que, si puede engañar a un Monarca ciego que lleva al país a la perdición, no hará lo mismo con Cataluña, pues Cataluña se levantará y al grito de *¡Vía fora!* y al son de la campana de somatén, los que libraron a Tamarit de la cárcel y los que dieron cuenta del alguacil Monredón sabrán apoderarse del de Queralt y hacerle acordar que es catalán.

— Sí, sí; dijeron exaltados los concurrentes. ¡Viva Cataluña! ¡Mueran nuestros opresores!

— ¡Silencio! repuso don Arnaldo; no griteis. Pueden oírnos en la calle.

Don Arnaldo, tranquilo, prosiguió:

— Es tiempo de obrar, pues de lo contrario nuestros fueros se perderán. El Conde-Duque no quiere otra cosa. Quiere igualarnos con Castilla y con Aragón, que ya perdieron los suyos.

— No, no; esto no; gritaron los concurrentes.

— ¡Silencio en nombre de Dios! exclamó don Arnaldo, y prosiguió:

— Debemos decidirnos de una vez, si no queremos ser unos esclavos del favorito, y el día del Corpus, cuando la Diputación y el Consejo estén en la Catedral... cuando todos estén descuidados, unos hombres decididos, vestidos de segadores, pues es sabido que aquel día se contratan para la siega, se reúnen junto a la puerta de la ciudad llamada Puertaferrisa, más arriba del portal de la Santa Eulalia, llamado La Boquería, y al grito de ¡Viva el Rey y mueran los tiranos! se dirigen hacia el palacio del Lugarteniente, frente al convento de San Francisco,

en la plaza de Framenors, y le obligan a oír nuestras quejas. Si el Lugarteniente resistiera...

—¡Fuego con él! gritó Mala-cara.

—¡Silencio, aborto de judío! contestó don Arnaldo. No eres tú quien debe responder ahora. Se persuade el Lugarteniente o de lo contrario se le prende y se embarga, nombrando otro si conviene al grito de ¡Viva Cataluña! Si el Rey no quisiera oírnos, tal vez entonces...

—El Rey nos oír, contestó el caballero noble que habló primero. Le pediremos que haga justicia a Cataluña y la justicia se hará.

—Vuestra Señoría lo cree así, observó don Arnaldo; pues me permitirá le diga que no tiene memoria. ¿De cuándo acá se oyó a Cataluña en Madrid? Nosotros no somos más que una colonia; se nos tiene como a las Américas y a los países extranjeros que forman parte de la corona de España. No se haga ilusiones Vuestra Señoría. En Madrid no conseguiremos nada. Se nos llama catalanes rebeldes, y no formamos con ellos un mismo cuerpo siendo diferentes en todo, empezando por nuestro lenguaje y concluyendo por nuestras costumbres. Entre Castilla y Cataluña ha empezado una lucha que Dios sabe como concluirá.

—A mi entender no concluirá nunca, dijo un tercero, hasta que Cataluña, rompiendo el yugo que la sujeta, haga ver a España entera lo que es y lo que vale. Si el Rey continúa con el favorito es preciso que los catalanes no nos dejemos dominar tan fácilmente.

—Y para esto, contestó el señor de Malvehí, es menester unirse y hacer una manifestación que imponga al Rey y al favorito.

Entonces se desarrolló el plan para la revolución que se preparaba.

Se determinó que el día 7 de Junio, que en 1640 era el día de Corpus Christi, Barcelona, en nombre de Cataluña entera, diese una muestra de desagrado al rey Felipe IV y mucho más a su favorito.

Acordóse que se presentaran en gran número los catalanes con el traje de segadores y a los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Vivan los fueros y mueran los tiranos!, se impusieran de modo que se hiciese justicia al Principado y cesaran para siempre los antojos del Conde-Duque.

Todo quedó convenido y al concluir, un momento antes de disolverse la reunión, oyóse la gran campana de la Catedral, a la cual contestaron todas las de Barcelona, que tocaba la Queda.

Dcn Arnaldo se hincó de rodillas y rezó el *Pater noster* por las almas de los difuntos.

De abajo subía la voz de Sileta que rezaba también la misma oración, a la cual contestaban los parroquianos de la taberna del Infierno, postrados de hinojos ante el alumbrado cuadro de las almas del purgatorio.

Aquello, más que oración, parecía un sarcasmo.

Los de arriba eran los que intentaban sacudir el yugo de un Gobierno odioso. Los de abajo eran las tropas del Rey con las cuales debían batirse, y ambos rezaban por los que no existían.

La Queda continuaba su fatídico són desde las góticas y altísimas torres, y los conspiradores, desfilando uno a uno, se despedían estrechándose la mano en silencio y salían, sin meter ruido, por la puerta del huerto.

Catalina, como una bella estatua junto al lindar, les veía salir.

Los tres últimos se detuvieron y acercándose a la tabernera le dijeron.

—Nosotros no tomaremos parte en la bulla del día de Corpus. Tenemos otro negocio que nos llama la atención. Si sale bien nuestra empresa tú también participarás de ello, Juana, y es preciso nos guardes un aposento para poner en él ciertas alhajas que te traeremos dentro de unos sacos de trigo.

—Estoy a vuestra disposición, contestó Catalina. Y saludándoles, añadió:

—Adiós, Barrabás; adiós, Mala-cara; adiós, Chafarrocas.

Oyóse entonces el último toque de la Queda y, alejados los tres bandidos, la tabernera cerró la puerta. Entonces se oía a la tropa y demás concurrentes de la taberna que se alejaban más alegres de lo que convenía, repitiendo uno de los estribillos que les cantara Sileta, la cual, dando doble vuelta a la llave de la puerta, cerraba la taberna del Infierno. Oíase ya la voz del vigilante nocturno, que acompañado de la guardia gritaba:

—¡Sonó la Queda; a retiro en nombre del Rey!

Los tres bandidos se alejaron entre la oscuridad de aquella noche.

—No veo, decía Barrabás, y es preciso andar aprisa, pues si encontramos a la ronda lo pasaremos mal; lo mejor que puede sucedernos es que nos pasen caballeros sobre un asno, nos solfeen las espaldas y nos las calienten después con marcas, lo cual, según dicen, es un pobre gusto.

—Bastante lo sé yo, contestó Mala-cara. Una

vez me prendé de una hembra y me la llevé conmigo: sopló el espía, fuí preso con el cuerpo del delito y me hicieron una mala pasada. Si un día tuviera que enseñar las espaldas se me caería la cara de vergüenza.

—Hé aquí lo que es andar con amores, observó Chafarrocas. Esto perdió a nuestro antiguo capitán Juan Sala y Serrallonga.

—Mis amores eran algo más positivos, contestó el gitano; pues la hembra que yo me llevé robada valía más de diez onzas de oro. Era tordilla y parecía la que asistió al nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belén.

Barrabás y Chafarrocas se morían de risa.

—¡Era una mula! decía el último, ¡vaya unos amores!

—Propios de gitanos, dijo Barrabás; pero no nos entretengamos. ¡Ira de Dios! exclamó; he tropezado y de poco me rompo las narices contra este portal.

—Ya os guiaré yo, dijo Mala-cara. Hace unos cuantos días que soy ciego. Aquello de torcer el espinazo y encoger la pierna, si debía hacerlo todo el día, por la noche no me dejaba hueso sano. Ser ciego es más cómodo. Ya conozco todo Barcelona con los ojos cerrados. Ahora he cambiado de devoción. En lugar de tenerla a Santa Quiteria, rezo la oración y canto los gozos de los santos Cipriano y Justina que curan a las embrujadas. Como a muchas mujeres les gusta levantar el codo, se tienen por embrujadas, y esto produce más que el mal de rabia. Afuera sigo siendo jorobado y cojo y por la ciudad soy ciego.

—Lástima que esta condenada de Juana no nos haya querido admitir a dormir en su taberna, dijo

Barrabás. Dice que somos gente demasiado ordinaria y que le desacreditaríamos la casa. ¡Miren la gran dama! ¡La viuda dificultosa del ladrón de paso, Serrallonga, cuyos miembros sirven hoy de pasto a los cuervos, colgados en postes por esos caminos de Dios! ¡No tiene malos títulos de nobleza la Juana Massissa, escapada de la horca por milagro! ¡No sé que santo me detiene!...

—No nos destrócemos unos a otros, observó Chafarrocas. Juana siempre nos ha servido a las mil maravillas; Juana es una buena muchacha, por más que el haber tratado con la nobleza haya engendrado en ella ciertas preocupaciones. Si nos sale bien lo que deseamos necesitaremos de Juana, y ella hará lo posible para que pasen a Francia, a Castilla, o Aragón las halajas que la traigamos. Está relacionada con todos los nuestros como heredera de su antiguo amigo, y, si conviene, ella misma se encargará del negocio con tal de participar algo en él.

Los tres llegaron frente la iglesia de Santa María del Mar.

La luna acababa de mostrarse y alumbraba el magnífico edificio con sus dos campanarios esbeltos. El reloj no se había mutilado aún y se presentaba igual a las campanas.

Dieron la vuelta por la izquierda y el gitano se detuvo horrorizado.

Estaban en una plazoleta plantada de árboles que proyectaban sombra, en medio de la cual se elevaba una cruz de piedra.

En el suelo se veía tierra removida y losas sepulcrales.

Era el cementerio de Santa María, llamado en-

tonces el «Fossá de las Moreras» por estar plantado de estos árboles.

En aquella época en Barcelona se enterraba en la ciudad.

El gitano estaba lívido, pues es sabido que a los de su raza les da horror el cementerio.

—Salgamos de aquí, dijo a sus compañeros.

Los tres atravesaron corriendo la plaza del Borne.

La luna alumbraba en su lleno, y los tres bandidos retrocedieron instantáneamente y se agarraron el uno al otro con terror. Mala-cara exclamaba:

—¡Santa Eulalia bendita!

Delante de ellos, a lo último de la plaza, ostentaba sus pilares de piedra ennegrecida el infame suplicio, la terrible horca.

La lechuza dejaba oír su triste gahnido desde las altas torres de Santa María del Mar, y la acequia condal, llamada el Rech, que, descubierta entonces, pasaba por la calle de su nombre, arrastraba sus aguas amarillentas y fangosas que producían un murmullo monótono.

En un puente que se levantaba de una orilla a la otra se distinguía la luz de un farol.

Era la ronda nocturna, que se acercaba repitiendo:

—Ha tocado la Queda. A retiro todo el mundo en nombre del Rey.

Los bandidos castañeteando de terror con sus dientes se separaron diciendo:

—Sálvese quien pueda y el día de Corpus comparezca en el santuario de Nuestra Señora de la Antigua.

Los tres se perdieron en la penumbra y la ronda nocturna siguió su camino.

La terrible horca se dibujaba alumbrada por la luna. Los árboles del cementerio se balanceaban a merced del viento de la noche; de las tumbas salían algunos fuegos fátuos; la lechuza repetía su canto fatídico; oíase triste el murmullo del agua de la acequia, y, entre tanta tristeza, sólo se veía un objeto que daba consuelo. En el ábside de Santa María del Mar, alumbrada por un farol, se distinguía, bella como siempre, la imagen de la Purísima Concepción; esta Virgen del Milagro que salvó la vida a un inocente que iban a ajusticiar y a la cual Barcelona tiene aún la misma devoción, recordando en ella una de sus más tiernas leyendas.

X

LOS PREPARATIVOS DE BODA

Al día siguiente de haber sucedido lo que llevamos relatado, por el camino que conducía de Barcelona a Mataró, pues entonces no existía la carretera real de ahora, construída por Carlos III, discurría un carricoche, especie de caja con dos ruedas tirada por cuatro mulas, adornada con cortinas de cuero y que, cayendo y levantándose por los malos caminos, en continuo traqueteo, se dirigía a la Cuadra de Malvehí.

Servían al vehículo un conductor, un zagal y un mozo de mulas, y en los costados de la caja se veía pintado el blasón de Malvehí.

Montados y siguiendo el carruaje iban don Arnaldo, don Ramiro de Queralt, Aníbal Bertucci, Ascanio de l'Acquaviva, Bembo do Conto y dos hombres de armas de la Cuadra, todos armados de mosquetes y pistolas, sirviendo de escolta a la noble dama de Queralt, a su bella hija y al vestiglo de doña Guiomar, la respetable dueña, a quien Dios perdone sus innumerables pecados.

Nuestro siglo de ferrocarriles no puede formarse

una idea de los viajes de entonces, así es que lo que sucedía en aquella época, con ser tan viejo, les parecería a nuestros contemporáneos muy nuevo.

Deteniéndose a comer en las posadas y a descansar por el camino, llegaron al anochecer las damas de Queralt a Malvehí.

Antigua salió a recibirlas con todo el agasajo propio de una ama de casa de aquellos tiempos, y Olalla de Roquer acompañó a las señoras a su aposento.

Todo el edificio, vetusto como era, parecía haberse rejuvenecido y se conocía a la legua que el ama de casa iba a casarse.

Una persona vió con pesar estos preparativos, y este fué el joven don Ramiro de Queralt, el cual, dirigió una mirada desoladora a la heredera, la que palideció y bajó los ojos.

Alojaron al joven de Queralt en el aposento de Aníbal Bertucci, pues como por razón de la boda la casa debía estar llena de forasteros, por más que fuese grande la Cuadra, debía albergarse en ella un pueblo entero.

La familia de Malvehí, además de sus deudos, había convidado a numerosos amigos a la boda de Antigua, su última heredera.

En nuestros tiempos se desconocen los preparativos de una boda en 1640, pues si bien es verdad que la cortesía es innata en España, dista mucho de ser hoy aquella etiqueta ceremoniosa del siglo xvii, en el cual precedían las invitaciones y se mandaban carricoches y caballerías a largas distancias. Aquellos preparativos duraban meses enteros, ya para el arreglo de la casa, ya para procurarse vituallas en

los mercados de los pueblos del derredor, encerrando en los corrales volatería y ganados que debían sacrificarse más tarde y los monteros ojeaban la caza en los terrenos del señor y señores vecinos, quienes en aquellos tiempos, y pedido con cortesía, accedían de buen grado a que se cazara en sus posesiones en obsequio de la bella que iba a contraer matrimonio, lo cual les valía una invitación para tomar parte en la fiesta.

Cervantes en su inmortal «Quijote» nos describe, como él sabe hacerlo, las bodas de Camacho, y si un labrador rico desplegaba tanta pompa ¡que sería tratándose de una heredera de la alta nobleza!

Eleonora de Queralt fué invitada por Antigua bajo dos pretextos: el primero como a amiga y el segundo porque siendo dama principal, y careciendo de madre la heredera de Malvehí, esta creyó que dirigiría mejor la fiesta que muchas de las parientas de Antigua y que las demás señoras lugareñas que no estaban acostumbradas a la etiqueta de lo que hoy llamamos el gran mundo.

El pretexto de Antigua fué éste, pero la realidad era que, debiendo venir con su tía don Ramiro, la heredera podría hablarle y concertar el modo para huir de la Cuadra, y, una vez fuera, casarse con él, contando para lograrlo con la buena doña Guiomar y su compatriota Bembo do Conto, quien, mediante algunos doblones, condescendió a esto, y a mucho más consintiera si más se le pidiera, pues él y la dueña se entendían perfectamente.

El portugués se dió trazas para tener fuera de las paredes o murallas de la Cuadra tres de los mejores caballos, uno para la dama, otro para el ga-

lán y otro para el que les serviría de escudero, que pasaría del servicio del Rey al de los nuevos señores de Malvehí. Aún era capaz de casarse con el saco de huesos de doña Guiomar si le hacía dueño, junto con su seca mano, de un bolsón de ahorros de mala ley que, según decían malas lenguas, la dueña llevaba consigo noche y día sin abandonarle jamás.

En la Cuadra no había aquel día más forasteros que las damas de Queralt y don Ramiro, pero se aguardaba a Mr. Gastón de Lorenzay, el cual no regresaría a Francia hasta después de su boda con Antigua, y entonces se llevaría a su esposa a París y la presentaría a la corte de Luis XIII.

¿Por qué causa el señor de Malvehí, siendo el alma de la conspiración cuyo resultado debía estallar el día de Corpus, elegía la víspera para la boda de su sobrina y el día de la revolución para los festejos de la expresada boda?

El señor de Malvehí no quería figurar en semejante suceso.

Lo que quería era recojer más tarde sus frutos.

A don Arnaldo le convenía dejar correr la revuelta, creyendo que entre los desaciertos de Felipe IV, el resentimiento e impericia del Conde-Duque y la exasperación del Principado se haría lo demás, y entonces, cuando todo estuviera en sazón, esperaba desarrollar su plan al Cardenal-Ministro y hacer de modo que con el pretexto de auxiliares penetrasen en Cataluña los franceses, se proclamase a Luis XIII, primero como a protector del Principado, más tarde Conde de Barcelona, y por último hacer de modo que Cataluña y el Rosellón, exasperados por las vejaciones de las cuales eran víctimas por parte de las

heterogéneas tropas del rey de España, se entregasen a Francia y formasen parte de esta nación, que tal vez les haría más justicia que su antigua patria.

Entonces el señor de Malvehí habría logrado su sueño y figuraría en la corte de Luis XIII, junto al Cardenal de Richelieu, uno de los primeros talentos que registra la historia.

Tal vez hemos culpado demasiado al señor de Malvehí.

Si en nuestros tiempos sucediera lo que sucedía en 1640, no sabemos si se tendría la paciencia que demostró entonces Cataluña, y los que culpan a nuestro Principado por lo que sucedió más tarde, lean despacio la historia de aquellos tiempos y verán lo funesto que fué para España el reinado del penúltimo monarca de la casa de Austria, en el cual se perdió para siempre el Rosellón, Portugal y, si no hubiese muerto Richelieu, Cataluña pertenecería hoy a Francia como le pertenece aún el Rosellón, la Cerdaña francesa y Vallespir.

Por la noche compareció Gastón de Lorenzay, hermoso como Antonio, y después de saludar con respeto a las damas, al señor de Malvehí y a los jóvenes don Ramiro de Queralt y Aníbal Bertucci, se dirigió a su prometida en ademán de besarla, según la costumbre francesa, pero ella se apartó con recato y le hizo una ceremoniosa cortesía que le valió una mirada de gratitud de Ramiro de Queralt.

Por la noche al retirarse Antigua, pocos momentos después de haber cerrado la puerta de su aposento oyó que llamaban muy discretamente, y la excelente doña Guiomar se colocó de redondo en su cámara.

—Vuestra Señoría, dijo la dueña después de saludar a la heredera, ha recibido hoy al señor Gastón de Lorenzay, su prometido esposo, y el joven don Ramiro de Queralt lloraba a lágrima viva de celos, pues se cree que Vuestra Señoría va a casarse con él de buen grado y vengo para que pueda, con lo que me diga Su Señoría, volver la vida al infeliz don Ramiro que queda sin ella.

—Pues decid a don Ramiro, contestó Antigua, que no tengo más que una palabra; que no quiero ser más que suya y que antes moriré que dar la mano de esposa a monsieur de Lorenzay.

—Esto quisiera oír don Ramiro, observó la dueña; pero durante el día hay cien ojos que espían. Don Ramiro duerme en el aposento del italiano Aníbal Bertucci, el cual, medio borracho como de costumbre, dormirá hecho una cuba, y entonces el joven de Queralt saldrá de su aposento y con una llave que me ha procurado mi excelente compatriota Bembo do Conto, abrirá la puerta del jardín, bajará a él y Vuestra Señoría puede asomarse a la ventana de este aposento y departir toda la noche, si le place, en buena paz y compañía, sin que nadie les estorbe, pues en aquellas horas no discurre por el jardín alma nacida.

—¿Y cómo se ha procurado la llave Bembo do Conto? preguntó Antigua.

—Mi compatriota, dijo doña Guiomar, es una buena persona, pero las sabe todas, y una vez que el portero se olvidó las llaves, sacó con cera el molde de la del jardín, y en Barcelona un cerrajero conocido suyo hizo una de igual, por la cual don Ramiro le ha dado media onza de oro, pues para

hablar a Vuestra Señoría diera las telas de su corazón.

—Pero para hablarle, dijo Antigua con temor, ¿cómo hacerlo?

—Asómese Vuestra Señoría a la ventana, contestó la dueña, que el galán aguarda ya muerto de impaciencia.

La dueña abrió la ventana, y cogiendo la mano a la heredera la llevó al lindar. Una voz de hombre, llena de cariño, dijo con acento tierno desde abajo:

—Amor mio, aquí estoy, mi vida, aguardando mi última sentencia.

Antigua se asomó a la ventana y dió las dos manos al galán, el cual se las besó lleno de amor.

La dueña, viendo que estaba de más, se eclipsó y se fué a dar cuenta a la señora de Queralt de lo sucedido.

Eleonora se rió con todo su corazón.

—¡Questo va bene! se dijo con alegría.

Se acercó a su hija que dormía y dijo para sí:

—Lástima que mi hija tenga ciertas preocupaciones, pero pasarán todas; será esposa de Gastón de Lorenzay y dama de honor de la reina de Francia.

Entre tanto el joven de Queralt y Antigua, él en el jardín y ella en la ventana, hablaban a su sabor.

¿Qué decían?

Una conversación muy sosa que hubiera hecho reír a cualquier persona de mediano caletre, pero que, sin embargo, la ha tenido en su juventud todo aquel que se ha enamorado de unos bellos ojos.

El cielo se teñía de púrpura y los gallos cantaban en sus corrales, cuando don Ramiro, después

de haber besado mil veces las bellas manos de Antigua, se retiró a dormir junto a Aníbal, el cual dormía como se hace en la juventud, después que un amor correspondido y no contrariado nos tiene tranquilos. Su mente le representaba en sueños a Olalla de Roquer, que a bordo de una de las gabelas del Rey acompañaba a Nápoles, habiéndole antes jurado eterna fe en la ermita de Nuestra Señora la Antigua.

XI

LA TRAMA DE ELEONORA

La dama de Queralt observó en la Cuadra de Malvehí, desde el primer día que allí estuvo, una cosa que, a no tener el carácter osado de intrépida italiana, la hubiera dado mucho que pensar y tal vez contribuido a que desistiese de sus proyectos. El señor de Malvehí, tan turbado antes delante de ella y que palidecía y mudaba de color al verla, ahora desafiaba su mirada, estaba sobre sí y parecía haberse hecho dueño del campo.

No hay duda que el ex-joven don Galaor no temía ya a Leonoreta de Orsini, y dió pruebas de ello cuando, encarándose con su antigua amiga, la dijo con toda la cortesía de un caballero:

—Mi sobrina, hermosa señora, me ha significado que desea de Vuestra Señoría se encargue de dirigir los preparativos de la boda. Esta petición no me atrevería a dirigirla a otra persona: pero el alto honor que el señor de Queralt dispensa a nuestra casa, confiándonos su noble señora y su bella hija, me alienta para abusar pidiendo a la dama de Queralt que sirva de madre a la heredera de Mal-

vehí, pues carece de ella, y guie su inexperiencia, porque mi sobrina, noble lugareña, no sabe lo que se sabe en las ciudades en punto a etiqueta.

Eleonora se mordió los labios, pero, dueña de sí siempre, después de corresponder con una reverencia al alto honor con la cual se la distinguiera, dijo con voz entera, a la cual daba más realce la dulzura del acento italiano:

—Mio signore, no sé cómo agradecer la distinción con la cual me honra Vuestra Señoría. Extranjera en este país, tal vez no sabré las costumbres y mil veces incurriré en equivocación; pero deberán perdonarme en gracia de la buena voluntad y del cariño que profeso a la bella Antigua.

Eleonora besó a la heredera con todo el cariño de una madre, al propio tiempo que alargaba su mano a don Arnaldo, el cual apoyaba en ella sus labios admirando su pequeñez y finura como la admirara veinte años antes en Bolonia don Galaor.

Por la noche, interín los jóvenes hablaban cada cual con su prometida, don Arnaldo y Eleonora empezaron su partida de ajedrez.

Ambos eran consumados jugadores.

Don Arnaldo tenía más pericia; pero la dama se aprovechaba de los descuidos involuntarios magníficamente; mas esta vez el caballero estaba siempre sobre aviso y la dama atisbaba las ocasiones manejando los peones, los caballos, las torres, los alfiles y sobre todo la reina, con tal destreza que era capaz de marear a otro menos ducho. Don Arnaldo siempre estaba prevenido y nunca dejaba un lugar sin defensa.

No había jaques al rey ni a la reina. Aquello era

una guerra en regla con iguales fuerzas e igual táctica.

Los jóvenes abandonaron sus puestos y todo el mundo miró aquel juego.

Monsieur de Lorenzay tomó parte en favor de la dama de Queralt.

Aníbal Bertucci, a fuer de compatriota, también.

Olalla de Roquer se declaró por su tío; don Ramiro también por don Arnaldo.

Antigua, por no faltar a la cortesía, estuvo neutral, pero a cada jugada se levantaba de su asiento y se escapaba de su pecho una exclamación.

Aquello parecía que se hacía contagioso, y era tal el interés de los que miraban, que igualaba, si no sobrepujaba, al de los jugadores.

—Os juro, madame, decía Mr. de Lorenzay, que podéis dar lecciones a la duquesa de Chevreuse, la mejor jugadora de ajedrez de la corte de Luis XIII, y que se las apuesta con el Cardenal-Ministro.

—¡Corpo di Bacco! ¡Qué salida! decía Aníbal Bertucci apoyándose en el sillón de la dama.

—¿A ver, decía Olalla, cómo salva la torre la señora de Queralt?

—Salvada, ma bella, decía Gastón. ¡Mirad qué corte!

Y entre plácemes, exclamaciones y algún voto que sin observarlo se escapaba a los jóvenes, la partida fué prosiguiendo, pero sin adelantar terreno, y hubiera durado tal vez hasta el juicio final si un criado no hubiese venido a avisar que la cena estaba servida.

—No hay quien pueda con Vuestra Señoría, dijo don Arnaldo tomando con galantería la mano de la dama para conducirla a la mesa.

—Ni con Vuestra Señoría tampoco, contestó ésta sonriéndose con coquetería.

—Tenemos guerra declarada, dijo el señor de Malvehí.

—Si le place así, observó la dama mirándole con sus ojos bellísimos, haya guerra.

Don Arnaldo se sentó al lado de Eleonora y la sirvió en la cena como lo hacía un caballero de aquellos tiempos.

—Está sobre aviso, pensó Eleonora; pero, del mismo modo que en el ajedrez no me ganará.

—Hemos jugado un doble, pensaba don Arnaldo, pero no ha ganado esta vez. Es bella más que nunca, pero mi corazón permanece mudo. Le he dicho paz, y la paz reina y reinará; pues aún sobre él se nota en la piel de mi pecho la cicatriz del puñal de Orsini, y este recuerdo es superior a toda belleza. La partida es mía, malvada italiana, y no te valdrán los cortes ni el manejar las piezas de tu tablero. No juegas hoy con el boquirubio de don Galaor, sino con el grave y serio señor de Malvehí, cuyas canas con su nieve han helado su cabeza y su corazón.

La cena tocó a su fin y cada cual se retiró a su aposento.

Eleonora se desnudó y se acostó junto a su hija, la cual se durmió.

Un momento después la dama se deslizó suavemente del lecho y abrió su ventana que daba al aposento de Antigua de Malvehí. Se distinguía un bulto, y el céfiro de la noche trajo hasta la dama de Quercalt el murmullo de dos voces que hablaban tan quedo, que solo el oído de un tísico o de una mujer como Eleonora podía percibir.

La italiana se sonrió y dijo para sí:

—La partida es mía, don Arnaldo. Te tengo la reina en jaque; el día que esté presa, el rey quedará solo y sin defensa en un rincón del tablero sin poderse menear, y entonces será mío el ajedrez, ¡per Dio Santo!

La dama de Queralt se acostó y se durmió sonriéndose bella como la estatua de Juno.

Entre tanto que esto sucedía, en el extremo del corredor en el que daban las puertas de los aposentos que tenían vistas al jardín y otros cuyas ventanas daban al patio, y cuyo corredor estaba alumbrado durante la noche por una lámpara que colgaba del techo, se descubrían en la penumbra dos bultos que cualquiera tomara por los fantasmas de Malvehí.

Eran Gastón de Lorenzay en mangas de camisa y calzas y la dueña doña Guiomar.

El traje de trapillo del galán daba a comprender que había dejado la cama para hablar con la dueña, y así era, pues como el joven dormía pared por medio con el señor de Malvehí, aguardó a que éste durmiera para departir con la dueña relativamente a sus asuntos, para lo cual se habían dado cita al extremo del corredor, en donde, a la primera sorpresa, podía cada cual meterse en su aposento.

El joven francés empezaba a reflexionar y la frialdad de la señorita de Queralt le exasperaba.

—Es una hermosa estatua, se decía, pero incapaz de sentir una pasión. No ama a su prometido, pero le dió palabra y se dejará matar antes de faltar a ella. Estas beldades de ojos negros tienen una firmeza de carácter que asusta, y si don Ramiro falta a su palabra, capaz es Madrona de Queralt de

meterse monja antes que otorgar la mano a hombre alguno, y haga lo que quiera su madre primero la matará a golpes que lograr su objeto. Además el señor de Queralt tiene el carácter de su hija, y por más que haga la bella italiana, el caballero se acordará que es el amo de casa y no permitirá que se sacrifique a su hija que, bien mirado, vale mil veces más que la madre. Por otra parte, la heredera de Malvehí es bella. No me casan con ningún vestiglo, y ¿porqué debo ir yo a caza de una mujer que no me quiere, si la que me destinan no me disgusta? Bella es Madrona de Queralt, pero es mi capricho. Lejos de ella y en París, junto a mi joven esposa y en la corte de Francia olvidaré pronto esta beldad morena que me ha trastornado la cabeza y que no me amaré nunca. Antigua, sola conmigo, me amaré, si bien no me ama ahora. Las catalanas son honradas, y primero por deber y después por ternura me querrá; no lo dudo. La pobre chica no se ha visto nunca mimada al lado de este espantajo de don Arnaldo, cuyo gesto severo infunde miedo. Cuando se vea junto a un joven como yo, que la prodigue todas las atenciones que se deben a una dama y todas las ternuras que se prodigan a una esposa, me amaré con delirio, no lo dudo, y si más adelante viene un querubín de rubios cabellos completará nuestra dicha.

Estas y otras reflexiones se hacía Gastón, afirmando más en sus proyectos relativos a la joven de Queralt.

—El día 6 de Junio se efectuará la boda. Bien; que pase adelante y que ruede la bola.

Se creará tal vez inverosímil el personaje de

monsieur de Lorenzay, el qual se moría primero por la bella joven de Queralt, y después de pronto cambia de idea y concluye por hacer lo que no quería al principio, faltando a lo tratado con la dama de Queralt en la taberna del Infierno. Sin embargo, estas anomalías se notan en muchos caracteres de jóvenes frívolos.

Perdónennos nuestros queridos vecinos, pero los franceses por lo general adolecen más que nosotros de este defecto que se nos va pegando todos los días.

Gastón de Lorenzay no tan solo pensó lo que hemos dicho, sino que lo dijo a la dueña en confianza, la cual quedó muerta al oírlo, pues éste daba al traste con los proyectos de su señora, siendo lo peor para ella que se perdía la rica propina que aguardaba.

—¡Y esto me decís a mí! exclamó la dueña con acento alarmado; ¡y esto quereis que repita yo a la señora! Yo me guardaré bien. ¿Qué concepto formará de vos la dama de Queralt por el desaire que le dais después de haber acudido a la cita, tragando mil sustos en aquella taberna que Dios confunda?

—De todos modos, contestó Mr. de Lorenzay, vuestra señorita me enseña y, como ella, si mi prometida no me falta a la palabra, yo no soy hombre para dejarla en blanco.

Entonces oyeron ruido en la puerta que daba al jardín, y el joven francés se retiró apresurado a su aposento.

La dueña sabía quién era el que hacía aquel ruido y se quedó en el corredor.

Poco después don Ramiro de Queralt, abriendo

con sigilo la puerta con la llave falsa y corriendo el cerrojo, se dirigió de puntillas al aposento de Aníbal.

La dueña le detuvo.

Al verla con su cofia de dormir y su mala catadura, el joven creyó que veía el espectro de Veneranda de Albi, la dama hereje, uno de los fantasmas de Malvehí, y por instinto puso la mano en el puño de su espada.

—No tema el señor galán, que soy yo, dijo la dueña; y, añadió: ¿cómo van los amores de Vuestra Señoría?

—Muy mal, contestó el joven con desaliento. Ahora sale Antigua con que ella no abandonará la Cuadra para huir con un hombre. Que no quiere deshonorar a su familia, y que primero se sacrificará casándose a disgusto que manchar el nombre de Malvehí con semejante borrón.

—¡Esas tenemos! exclamó la dueña exasperada. ¡No faltaba más! ¡Miren la dama cómo cumple sus promesas! ¡Oh! no; es preciso insistir.

—Ella llora, se desespera, dijo el joven. Me dice que me ama, pero que no le es posible faltar a sus deberes, y yo me doy a todos los diablos.

—¿Pero la heredera hablará todas las noches con Vuestra Señoría? preguntó la dueña.

—¡Oh! eso sí, contestó el galán.

—Pues no tema y firme a la carga, dijo la bruja. Con unos cuantos suspiros, haciendo ademán de clavarse una daga en el corazón y unas fingidas lágrimas, volverá Su Señoría el seso a la heredera, pues no en vano se tienen unos ojos tan pícaros y un palmito como el que tiene don Ramiro de Queralt. Además yo le haré ver el blanco negro, y saldremos

con la nuestra. Tenga Su Señoría buenas noches, que yo ya le encomendaré a Dios y a Santa Rita, abogada de imposibles, pues, aunque pecadora, sé ciertas oraciones que no fallan nunca.

El joven se metió en su cuarto y la dueña en el de la señora de Queralt.

En el corredor no quedó sino la lámpara solitaria que colgaba del techo y alumbraba aquel caos.

Poco después por una ventana que había en el extremo, cubierta de aplomados vidrios verdosos, empezó a penetrar un leve destello de luz del día y se oyeron las golondrinas que en los tejados empezaban su canto matutino. Pronto respondieron los revoltosos gorriones cantando sin ton ni son.

La luz del día se hizo más viva y la de la lámpara palideció. Oyóse la corneta y los tambores de la tropa alojada en la Cuadra que tocaban diana, y la campana de Nuestra Señora de la Antigua que tocaba el «Angelus».

Un momento después apareció bello como un héroe de la antigüedad, Aníbal Bertucci, con su fieltro ladeado a lo matón, con sus largos cabellos recogidos por una redecilla verde y un látigo en la mano para ir a revisar a su descreída tropa y aplicarles en las espaldas algún solfeo si era menester.

Los gallos cantaban en sus gallineros, relinchaban los corceles, balaba el ganado que había en el corral, se oían las voces de los mozos de labranza y las de la tropa que en todos los idiomas conocidos juraba y perjuraba.

En una palabra, la Cuadra de Malvehí volvía a la vida y sus moradores emprendían la tarea de cada día.

EL CONTRATO DE BODA

Cuando la dama de Queralt se despertó encontró a su hija que se vestía ya y que la buena de la dueña peinaba sus cabellos.

—Qué lástima que Vuestra Señoría no tenga una flor para colocarla entre sus cabellos negros. Un clavel encarnado le caería que ni de molde.

—Voy a pedirlo a Antigua o a Olalla, dijo la joven. Y se alejó añadiendo:

—Ellas mismas me lo pondrán.

Esto puntualmente deseaba doña Guiomar: alejar a la joven y quedar sola con su ama.

Cuando la dueña vió que la señorita ya se había alejado se dejó caer en una silla y dijo haciendo espavientos:

—¡Ahora sí que estamos frescos!

—¿Qué os sucede, doña Guiomar? preguntó alarmada la dama.

—Nada, contestó la dueña: sino que Vuestra Señoría ya puede tomar el portante con su hija. Todo se perdió.

—¡Me habeis descubierto, cattiva creatura! Pues cuidado que os voy a desollar viva.

—No se trata de esto, contestó la dueña. El galán, el francés se enfría y parece que le va gustando su prometida, al paso que ésta se niega por su parte a tomar la fuga con don Ramiro. Lo de ser la señorita dama de honor de la reina de Francia anda ya por los suelos, y no lo veremos aunque vivamos los años de Noé, si Dios no lo remedia.

—¡Sangre di Dio! exclamó Eleonora incorporándose; ¡y sería capaz el señor de Malvehí de ganarme la jugada esta vez! ¡Pel Sacramento! que no se saldrá con la suya mientras yo viva ¡peccato mío! Esto es imposible. Aquí estoy yo.

Levantóse y ayudada de la dueña se vistió.

Temblaba de coraje.

Sus mejillas estaban rojas; aquel día no necesitó colorete.

Sus ojos brillaban más bellos que nunca, pero aquella belleza era más efecto de fiebre que de salud. Despidió a la dueña y quedó sola.

—Lo morro disperatta si él se sale con la suya, dijo la dama, y añadió con una mirada terrible: no, no se saldrá aunque deba yo perder la vida o perderla él. Perderla él, repitió con terror supersticioso y volviéndose pálida. Una vez lo probé y me salió mal, y fué por mala via la vendetta de Orsini. Él vivió y a mí no me quedó más que la infamia, il disonore. ¡Oh!

Y se cubrió el rostro con las manos palideciendo y diciendo en media voz:

—Quel passato e tirribile; no, no; obliarlo e meglio.

Eleonora se presentó en el salón en donde estaban reunidos todos los señores para el desayuno.

Al verla tan bella los hombres estuvieron tentados de batir palmas.

Don Arnaldo, a pesar de su corazón de hielo, palideció y se sintió oprimido como por una mano férrea.

La dama vió el efecto que causaba su hermosura, y como mujer se solazó en su triunfo, saludando a todos con gracia por medio de las tres cortesías de rigor que prescribía entonces la gran etiqueta.

Eleonora, durante los días que precedieron a la firma del contrato, tomó el mando de cuanto se hizo en la casa, y como no le faltaba talento, disponía magníficamente; cada cosa se hacía a su tiempo, de modo que tanto Antigua como su tío quedaron encantados.

Nunca se había visto tanta precisión en la Cuadra de Malvehí. La dama de Queralt hubiera gobernado un reino.

Los forasteros fueron llegando, y la morada señorial se fué llenando de personas de los dos sexos. Para todos hubo aposentos arreglados, colocándose cada cual en su lugar.

Eleonora, si bien lo disponía todo, tuvo la táctica de hacer creer que era Antigua la que lo hacía, y a ella se dirigía para darle los consejos que su inexperiencia necesitaba; pero la heredera de Malvehí era sola la que daba las órdenes, por más que la idea procediese de la dama de Queralt.

Esta, que, como la hidra de la fábula, tenía siete cabezas, no perdía de vista lo que le convenía y veía con despecho que Antigua y su prometido simpatizaban cada vez más. Si bien su hija y don Ramiro seguían sus amores platónicos, con todo obser-

vando bien, echó de ver que cada vez que el joven francés miraba a Madrona palidecía, y que don Ramiro tenía continuamente los ojos fijos en la heredera de Malvehí.

—Se ha de dar un escándalo, dijo para sí Eleonora, o sino no saldré con la mía. Ambos se casarán a disgusto, pero se casarán; y esto es lo que yo debo impedir. Yo quiero que mi hija sea la esposa de Monsieur de Lorenzay y dama de honor de la reina de Francia. Esta muñeca de Malvehí que se case enhorabuena con don Ramiro nuestro sobrino, y para que así suceda es preciso comprometerlos a los dos e impedir la boda; esto lo haré yo, ¡per Dio Santo!

Don Arnaldo por su parte llevaba adelante sus dos proyectos.

La boda de su sobrina y la revuelta de Barcelona; recibiendo todos los días en la Cuadra por emisario al infeliz lisiado que mostraba la pequeña capillita de Santa Quiteria, o un pobre ciego que rezaba la oración contra las brujerías, cantando los gozos de los santos Cipriano y Justina.

Todo el mundo admiraba en la Cuadra la grande humildad del señor de Malvehí que departía horas enteras con aquellos dos desgraciados, y al verle por la pendiente que se dirigía hacia el santuario de la Antigua, acompañando al pobre contrahecho o guiando los pasos del ciego, los que le veían le saludaban como se saluda a una imagen y repetían:

—Es un santo.

Si los que tal hacían hubiesen oído la conversación que tenía con cualquiera de los dos desgraciados, hubieran formado un concepto muy diverso.

Cualquiera, acompañándoles hasta el santuario, hubiera visto que, después de haber salido don Arnaldo, salía de la ermita un gentil mozo de cabellos negros ensortijados, tez cobriza, ojos ardientes y blanca dentadura, pero muy picado de viruelas, detalle que le valía el nombre de Mala-cara.

El bandido era quien ponía al corriente a don Arnaldo de la buena marcha que seguían sus proyectos.

No menos bien marchaban los de la boda, y el señor de Malvehí observaba con fruición que su sobrina y el joven francés empezaban a entenderse; que Madrona de Queralt nunca consentiría en villanía alguna por más que su madre se lo aconsejara, por ser esta apreciable joven la antípoda de la que le dió el ser, y poseer un carácter que no se doblegaba a ninguna exigencia, ni se prestaba a infamia de ninguna especie.

—Mañana se firmará el contrato, se decía don Arnaldo, pasado mañana la boda, y el jueves la revuelta de Barcelona. Aquí tendré entretenidos a Anibal Bertucci con el cebo de Olalla de Roquer, a la señora de Queralt con el pretexto de la boda, al francés preso por su palabra y, sino enamorado, galante con su nueva esposa. Sólo que pasen estos tres días y mis proyectos irán adelante; más tarde vendrá la hora de figurar en la corte de Luis XIII, junto al Cardenal Richelieu.

El día antes de la firma del contrato don Gastón de Lorenzay bajó al jardín y la casualidad quiso que la heredera de Malvehí bajase también sola y se encontraran frente a frente.

La joven le saludó con una cortesía y una son-

risa, y Gastón la detuvo, tomándole la mano y diciendo con cariño:

—Una palabra, mademoiselle, si os place.

Antigua se volvió colorada y dijo:

—Estamos solos, señor, y no sé si debo escuchar a Vuestra Señoría.

—Vais a ser mi esposa de aquí a dos días, ma belle, y tratais con un hombre de honor. Decidme, mademoiselle, añadió acompañándola a un asiento rústico y sentándose a su lado, decidme, ¿os casais conmigo contenta?

—Cumpló la voluntad de mi tío, contestó la joven palideciendo.

—¿Y no más? preguntó el joven mirándola pero sin soltar su mano que tenía entre las suyas.

Los ojos del joven fijáronse en su prometida y la encontró bellísima.

—Mademoiselle, dijo Gastón con voz conmovida; debemos jurarnos eterna fé antes de tres días y apenas nos conocemos. Vos apartais vuestras miradas de las mías y tal vez sentís para mí más repulsión que cariño. No me engañéis, mademoiselle. Decidme si sois feliz en ser mi esposa, de lo contrario libre sois de vuestra palabra y yo mismo diré a vuestro tío que no me siento capaz de merecer vuestro cariño.

—¿Lo desea así Vuestra Señoría? preguntó Antigua procurando sacar su mano de entre las de su prometido.

—No, os lo juro, dijo el joven reteniendo cautiva la mano. Al principio, añadió, no os conocía. Tal vez una visión de la cual no puedo darme cuenta me fascinó, pero ahora, mademoiselle, os he

visto de cerca, he admirado el tesoro que voy a poseer, estoy contento de él, me siento feliz y puedo deciros, sin engañaros, que os amo.

Antigua se sintió conmovida, miró a Gastón y lo encontró hermoso. Si bien aún fluctuaba en su mente la imagen de don Ramiro, observó que con poco esfuerzo y en ausencia de éste podría ser la esposa honrada de Monsieur de Lorenzay. ¿Por qué no complacer a su tío por un capricho? ¿por qué huir y faltar a todo lo que se debe a sí misma y al mundo entero una dama honrada?

Todo esto pensó Antigua y continuó:

—¡Por una ilusión y por casarse con un joven que falta a su palabra como yo faltaría a la mía! No, no; se dijo para sí. Mañana se firmará el contrato de boda, y mañana por la noche desengañaré a don Ramiro. No faltaré a mi palabra y no daré un disgusto a mi segundo padre.

Antigua levantó al joven que estaba a sus pies y mirándole con ternura le dijo:

—Me dijeron que debía ser esposa de Vuestra Señoría. No sentía inclinación alguna por un extranjero a quien no conozco poco ni mucho. Hoy es otra cosa; os he conocido y os considero bastante generoso para apreciar primero el afecto de hermano que podré consagraros, más tarde el cariño de esposa y lo que os juro desde ahora es una fidelidad sin límites y la obediencia a vuestros deseos.

Monsieur de Lorenzay se levantó animado, rodeó la cintura de su futura con un brazo y dijo:

—Y más tarde un amor, ¿no es así, mi ángel?

—Sea, dijo Antigua ruborizándose.

Y se deslizó de sus brazos desapareciendo entre los árboles del jardín.

El joven francés la mandaba con las manos, besos.

Aquella noche don Ramiro de Queralt se situó debajo de la ventana de la heredera.

Esta compareció solo un instante, le habló preocupada y le dijo que no abandonaría jamás la Cuadra sin permiso de su tío.

—Me desesperais, dijo don Ramiro.

—Mañana sabreis mi última resolución, dijo la heredera.

Y desapareció cerrando la ventana.

Al día siguiente el salón de la Cuadra de Malvehí estaba adornado como para las grandes fiestas.

Colgaban del techo bellas arañas repletas de bujías encendidas que brillaban entre los prismas del cristal y dorados, alumbraban las ricas tapicerías que cubrían las paredes del salón, los cortinajes y sillería, todo del renacimiento, todo brillante en seda y oro y preciosos colores, cobijado por artesonado techo de ricas maderas y molduras doradas.

En una hilera de sillones se veían sentados apuestos caballeros y hermosas damas ricamente prendidas, descollando entre ellas Eleonora de Queralt que, vestida de tapicería encarnada y oro, coronada de diamantes y rubíes, parecía una reina antigua.

Su hija, vestida de color de rosa, ostentaba un clavel del mismo color entre sus rizados cabellos, y un collar y pendientes de perlas.

Olalla de Roquer vestía un traje amarillo y blanco, y entre sus cabellos se veía una rosa blanca. De sus orejas colgaban unos zarcillos de topacios y una cruz de lo mismo adornaba su pecho. Estaba hermosa.

Antigua de Malvehí se presentó con un traje de tisú de plata con encajes de oro.

Según la costumbre de entonces en Cataluña, se adornaba ya con el rico aderezo que de París le trajera Gastón de Lorenzay, el cual al verla tan bella y tan ricamente vestida, la cogió por la mano, delante de todos, hincó una rodilla en tierra, besó aquella mano que debía pertenecerle al día siguiente y la acompañó junto a la mesa cabe la cual estaban sentados el notario y el señor de Malvehí con los testigos que debían firmar el contrato.

Empezóse la lectura que fué larga, pues había diferentes cláusulas y consignadas todas las fincas de monsieur de Lorenzay y de la heredera de Malvehí.

Después de cerca de una hora de lectura, el escribano rogó a los contrayentes se sirviesen firmar.

Gastón de Lorenzay tomó la pluma y firmó sin vacilar.

Antigua de Malvehí, con mano trémula y mudando de color a cada instante, puso su firma junto a la del que debía ser su marido.

Don Arnaldo paseó su mirada triunfante por la concurrencia, pero sus ojos tropezaron con otra mirada que le hizo estremecer; eran los hermosos ojos de Eleonora de Queralt, o más propiamente de Eleonora de Orsini.

Al concluir la ceremonia se sirvieron en bandejas de plata, conservas, refrescos, horchatas, chocolate, agua de Aurora y azúcar sereni con limonadas, naranjadas y agua de canela, según la costumbre de entonces, y después los dos novios abrieron el baile con una zarabanda, en la cual tomaron parte los concurrentes.

—Mi hábito no me permite entregarme a diversiones profanas, decía el señor de Malvehí a la dama de Queralt. De lo contrario, invitaría a Vuestra Señoría para tomar parte en esta zarabanda.

Eleonora miró sonriéndose a don Arnaldo y le dijo:

—Vuestra Señoría es cortés por demás y en prueba de ello acepto su invitación como si la recibiera y la agradezco en lo que se merece.

La fiesta concluyó a media noche.

Todos se retiraron a sus aposentos para descansar y prepararse para la boda que debía celebrarse el día siguiente.

XIII

LOS FANTASMAS DE MALVEHÍ

Aquella noche antes de retirarse a dormir la dama de Queralt tuvo una larga conversación con doña Guiomar la dueña, pero en voz tan baja que ni los escritores, que todo lo sabemos, pudimos colegir cosa alguna, si bien que tratándose de dos buenas almas como aquellas, no presagiaba cosa buena.

Serían las dos de la noche y todo dormía en Malvehí, cuando del aposento de la dama de Queralt, salió una mujer envuelta en una bata blanca y atravesando sin hacer ruido el corredor en el cual en medio del ala derecha se abría la puerta del jardín, se dirigió hacia ella y tirando un poco observó que estaba abierta y sin la llave en la cerradura. Ajustó perfectamente las dos hojas de la puerta sin hacer ruido, y también sin que nadie lo percibiera hizo correr el cerrojo que había en la parte interior y cerró por dentro sonriéndose.

Después se volvió a su aposento y se asomó a la ventana.

A la claridad de la luna vió junto a la ventana de la heredera de Malvehí a un galán que hablaba con ella.

Antigua desengañaba al joven de Queralt y le decía que ella no faltaría a su deber, que había sellado el compromiso con Gastón de Lorenzay, y que sería su esposa. Le rogaba a don Ramiro que a su vez cumpliera sus compromisos, despidiéndose los dos para siempre.

Eleonora vió que el amante se retiraba de la ventana y se dirigía a la puerta para meter la llave en la cerradura, cuando de pronto un grito heló la sangre al galán en sus venas, y dando la vuelta a la llave probó de abrir la puerta para meterse en el corredor y huir a su aposento; pero ¡vanos esfuerzos! la puerta estaba cerrada por dentro y el joven se desesperaba, mientras que una voz de mujer, que era la de Eleonora de Queralt, gritaba:

—¡Socorro! ¡Los fantasmas de Malvehí están en el jardín! ¡Socorro! ¡Socorro!

La voz de doña Guiomar contestó desde el corredor a gritos:

—¡Los fantasmas de Malvehí! ¡Los fantasmas!

La señora Manjó, las criadas, las damas forasteras y todas las mujeres, que no eran pocas las que se albergaban en la Cuadra, repetían gritando con terror:

—¡Los fantasmas! ¡Los fantasmas!

Y todo eran chillidos, gritos y algazara.

Don Ramiro, perdida la cabeza, corrió hacia las paredes del jardín para encaramarse por ellas, pero su altura era insuperable.

Entonces oyó con terror que abrían la puerta, llamó a la ventana de Antigua y la dijo:

—Salvadme o somos perdidos.

La joven le abrió y, sin saber lo que hacía, de un salto don Ramiro se colocó dentro del aposento.

—¡Huid! exclamó la heredera con terror abriendo la puerta del corredor.

Pero allí todo estaba lleno de gente y era imposible salir sin ser visto.

Aníbal Bertucci, Gastón, Ascanio de l'Acquaviva y algunos forasteros, junto con los criados de la Cuadra, todos a medio vestir y todos con luces y espadas en la mano registraban los corredores, mientras que los demás, capitaneados por don Arnaldo, recorrían el jardín.

—Estoy perdida, deshonrada, exclamaba Antigua con desesperación mesándose sus cabellos de oro.

Sin embargo, se incorporó y un pensamiento súbito pasó por su mente y calmó algún tanto su desesperación.

Su aposento comunicaba por una puerta con el de Olalla de Roquer, cuya puerta la joven no dejaba más que entornada.

—¡Olalla! dijo la heredera, ¡Olalla! repitió con angustia.

La joven de Roquer, envuelta en una bata, saltó de la cama, al percibir tanta gritería, se presentó con los cabellos sueltos y preguntó a su amiga:

—¿Qué sucede?

Antigua la cogió por un brazo y mostrándole a don Ramiro exclamó:

—Estoy perdida porque si mi tío...

Y no pudo concluir, pues oyó la voz de Eleonora de Queralt que hablando con el señor de Malvehí decía en voz alta:

—En el jardín había un hombre; yo lo he visto.

Vuestra Señoría dice que no lo encuentra si no es el espectro del señor hereje de Malvehí; si ese espectro, como voy creyendo, tiene cuerpo, está escondido en alguno de los aposentos que dan al jardín, por cuyas ventanas puede subir cualquiera, y como el de mi hija y el mío se encuentran en este caso, que se registre nuestro aposento. Lo exijo por mi honor y el de mi hija.

—Señora, dijo indignado don Arnaldo, mi sobrina se encuentra en el mismo caso que Su Señoría y se empezará a registrar el de Antigua de Malvehí.

Y llamando al aposento de su sobrina gritó:

—¡Antigua! ¡Antigua, abre pronto!

—Sálvame! exclamó la joven, dirigiéndose a su prima, juntando las manos con terror.

Olalla cogió por el brazo a don Ramiro, diciendo:

—¡Venid!

Y le metió en su aposento, cerrando con llave la puerta de comunicación.

Antigua, pálida como la muerte, abrió el aposento, y sin poder hablar, apareció en el lindar en-vuelta en bata blanca y casi sin sentidos.

Monsieur de Lorenzay la sostuvo en sus brazos para que no cayera en el suelo.

—No hay nadie aquí, señora, dijo con júbilo don Arnaldo, pues había adivinado en parte el juego de Eleonora.

—Yo pido que se registre mi aposento, insistió con despecho la dama. No culpo a nadie y mucho menos a la heredera de Malvehí.

—Antes debemos mirar el de mi otra sobrina Olalla.

Y llamó.

Entonces se presentó la joven, que había abierto la puerta, y dijo con voz apenas perceptible:

—Es inútil que se practiquen más pesquisas para dar con el hombre que estaba en el jardín. Este caballero está en mi aposento. Salid, don Ramiro de Queralt.

Tres exclamaciones, una en español y dos en italiano, resonaron en el corredor.

—¡Sangue di Cristo! gritó Anibal Bertucci pálido de celos y de ira.

—¡Per Dio santo! exclamó Eleonora al ver frustrado su plan de guerra.

—¡Infame! gritó don Arnaldo dirigiéndose a Olalla temblando de cólera y vergüenza.

La joven no contestó nada, se enderezó cuan alta era un momento, después vaciló y cayó al suelo aplomada como una masa inerte.

—Caballero, dijo don Arnaldo al joven de Queralt, cuando un hombre compromete la reputación de una joven, como Vuestra merced ha hecho, ¿cuál es su deber?

—Su deber, contestó la voz de una joven, es casarse con la comprometida. Don Ramiro, te devuelvo la palabra; sé el esposo de Olalla de Roquer.

Es inútil decir si la que habló era Madrona de Queralt.

—Cumpliré mi deber, prima, contestó don Ramiro pálido.

Y volviéndose al señor de Malvehí, dijo:

—Tengo el honor de pedir a Vuestra Señoría la mano de la señorita Olalla de Roquer.

—Y os casareis con ella mañana, dijo don Arnaldo, en la capilla de Nuestra Señora la Antigua y

un mismo sacerdote bendecirá los dos matrimonios.

El corazón del señor de Malvehí saltó de gozo; su triunfo era completo. ¿Qué más podía desear si su enemiga había trabajado por él?

Don Arnaldo no dudó de la trama de Eleonora, porque Catalina, la tabernera del Infierno, se lo había descubierto todo; pero la dama de Queralt en lugar de desbaratar el matrimonio de Antigua de Malvehí, le aseguró más y desbarató el de su hija, colocando a Olalla en su lugar y enlazándola con la casa de Queralt, de lo cual se aprovechaba el señor de Malvehí y de esta manera tenía a sus sobrinas enlazadas con dos partidos diversos.

Si a favor de la revuelta vencían los catalanes, con el matrimonio de Antigua podría medrar.

Salía la cosa mal, vencían los castellanos, Ramiro de Queralt, deudo del Virrey, era su sobrino, y el señor de Malvehí era también uno de los primeros hombres que, gracias a su talento, podría imponerse hasta con el Lugarteniente para más tarde seguir su plan favorito.

Aníbal Bertucci quedaba desairado, pero, tío de don Ramiro de Queralt, nada tenía que temer de un soldado aventurero.

Don Arnaldo levantó a Olalla del suelo y la dijo:

—Nada temas, hija mía; don Ramiro cumplirá con su deber de caballero y yo seré siempre tu padre.

La joven, medio muerta, nada contestó y se retiró a su aposento, dejándose caer en su lecho con la cabeza perdida y sin ideas.

El señor de Malvehí se retiró, pero antes dijo a los circunstantes:

—La boda en lugar de hoy, pues ya estamos en

la madrugada, será mañana, ya que deben correrse las diligencias para el matrimonio de Ramiro de Queralt con mi sobrina Olalla de Roquer, y en lugar de una boda, celebraremos dos el día de Corpus en el santuario de la Antigua.

Eleonora de Queralt y su hija se retiraron.

Al llegar a su aposento, la dama, llena de despecho, dijo a su hija:

—¿Por qué, Madrona, has devuelto la palabra a tu prometido?

—Por dignidad y para enseñarle a cumplir su obligación. Mañana partiremos para Barcelona, pues yo no debo asistir al casamiento del que debía ser mi marido.

—Vedremo, dijo Eleonora; aún no está hecho el matrimonio.

—Para mí es lo mismo, contestó la joven, pues jamás mientras viva seré la esposa de mi primo.

Eleonora nada contestó, dió la mano a besar a su hija y ésta se retiró a dormir.

La dama de Queralt se quedó sola. Su mirada era fija.

—Maledetta sonno io, dijo; he trabajado por mi enemigo. No he logrado para mi hija el esposo que yo quería y la he hecho perder el que su padre la destinaba. ¡Corpo di Dio! ¡Oh sonno maledetta, si sonno maledetta! y ahora más que nunca siento que fallara el puñal de Orsini.

La dama de Queralt se durmió con un sueño agitado, y al despertar por la noche su pensamiento le sugirió los planes más horribles.

XIV

LAS CONSECUENCIAS

Al retirarse los habitantes de la Cuadra a sus aposentos respectivos, cada cual comentó los hechos según su criterio, y no eran los convidados a la boda por cierto los que los juzgaban con más indulgencia. Dice bien aquel adagio castellano. «Parientes y muebles viejos, pocos y lejos», pues con raras excepciones casi siempre son los de la familia los que más nos critican.

Antes de penetrar en los aposentos las mujeres formaron una especie de cohorte y se despacharon a su sabor poniendo a la pobre Olalla como ropa de pascua.

—¡Qué cosas se ven! decía una tía en tercer grado, soltera vieja y jubilada a su pesar; si bien no hay que admirarse, pues de casta le viene al galgo el ser rabilargo. La madre de esta chica ya huyó con el que fué su marido. ¿Qué quieren vuestras mercedes que sucediera? Siempre la cabra tirá al monte.

—Es lástima, repetía otra. La pobre joven de Queralt ha salido chasqueada, pues se queda sin su prometido.

—No la compedezca su merced, le contestaban, pues su madre es capaz de encontrarle mil. ¡Buena es la italiana para esto! Sacaría a cualquiera, como decirse suele, del pié de la horca. Además la chica es hermosa; no hay que negarlo. Es parienta del Lugarteniente y, si no es aquí, en la corte no le faltará acomodo. La familia de Queralt hoy está en el candalero.

—De todos modos, dijo una, hemos visto los fantasmas de Malvehí de los cuales tanto he oído hablar durante mi vida, y a fé que no infunden miedo alguno. Se reducen a un buen mozo y a una bella niña.

—A nuestro regreso, observó un joven, podemos decir que hemos asistido a la boda de los fantasmas de Malvehí.

Aún continuaron bromeando un rato, hasta que vencidos por el sueño cada mochuelo se fué a su olivo.

En el aposento de Antigua pasaba una escena bien diferente.

La heredera tenía abrazada a su prima llorando sin consuelo.

—¡Yo, yo exclamaba, me tengo la culpa; yo debía decir la verdad y no comprometerte!

—¿A mí? decía Olalla con abatimiento; ¡qué importa! ¿Quién soy yo? Una joven sin padres, pobre y sin porvenir. Entre la fama de la heredera de Malvehí y la de un ser como yo vale más que se sacrifique la mía. Por eso no vacilé en sacrificarla. Además, aquí encontré asilo, fuiste mi hermana, Antigua; me acogiste cuando, pobre, vine de Nápoles acompañada de mi tío. Te debo la amistad, la subsisten-

cia; no podía pagártelo. Me llamáste hermana, y te sacrifico hoy mi honor y mi vida; porque, añadió rompiendo a llorar, yo moriré.

—¡No, no, exclamó Antigua; no morirás, yo no lo quiero. No lo permitiré. Mañana me arrojaré a los piés de mi tío y se lo diré todo; sí, todo.

—No, dijo Olalla; aunque así lo hagas él podrá creerte; los demás no te creerán. El escándalo ha sido público; don Ramiro estaba encerrado en mi aposento. Yo no he calculado nada; he querido salvarte de la infamia, y me he perdido. Lo hecho, hecho se está y no me queda otra salida que ser la esposa de don Ramiro o morir. Esposa de don Ramiro no puedo serlo; me estimo demasiado para tomar un marido que no me ama y a quien tampoco amo. Ambos nos casaríamos por un compromiso mútuo. No: no seré nunca su esposa. Además, añadió con la voz trémula por las lágrimas, yo amaba a otro, Antigua; amaba al joven Aníbal Bertucci, era mi vida, mi única esperanza, y éste me ha visto al lado de don Ramiro, cubierta de vergüenza, de infamia. ¡Oh! entonces he creído morir.

—No, no, Olalla, dijo Antigua abrazándose con ella; mañana todo se aclarará. Veré a mi tío, veré al joven italiano y se lo diré todo, todo.

—No lo quiero, dijo Olalla; es inútil, no serás creída.

—Lo probaré, contestó Antigua.

Y besándole en ambas mejillas, añadió:

—Mañana te salvaré.

Olalla entró en su aposento y se arrojó sobre una cama, diciendo:

—Mañana será inútil, pues no estaré en Malvehí.

Otra escena pasaba en el aposento de Aníbal Bertucci, en el cual sabemos dormía don Ramiro de Queralt.

Los dos jóvenes, rivales al parecer, se metieron en su aposento y Aníbal dijo después de haber cerrado la puerta:

—Vuestra Señoría se ha portado como un hombre. Compromete a una joven y se casa con ella, pero ha olvidado sin duda que esta joven debía pertenecerme, y que ya que no puedo ser su esposo, no permitiré que otro lo sea. ¿Lo entiende Su Señoría?

—Perfectamente, contestó don Ramiro. Mañana, detrás de la ermita de Nuestra Señora, le aguardaré o me aguardará.

—¡Cappisco! repuso el italiano, y cada cual llevará su espada.

—Entendidos, añadió don Ramiro.

Ambos se acostaron para levantarse al día siguiente, en el cual debía morir uno de los dos a manos de su rival.

Aún no apuntaba el alba cuando una mujer, envuelta con un manto, atravesó el dintel de la puerta principal de la Cuadra, la cual acababa de abrir el conserje, y sola, con paso apresurado, se dirigió al santuario de Nuestra Señora la Antigua.

Ascanio de l'Acquaviva y Bembo do Conto que la vieron partir, se miraron el uno al otro con extrañeza y exclamaron:

—¡La señorita Olalla!

—Sigámosla de lejos, observó el primero.

—Ya sabes que tienes una ocupación precisa hoy, contestó el segundo.

—Para todo habrá tiempo y, bien mirado, añadió Ascanio, va por nuestro camino.

Los dos buenas piezas siguieron de lejos a la joven, que, preocupada, no reparó en ellos.

Olalla se dirigió casi corriendo al santuario de la Antigua y jadeante, casi sin aliento, llamó a la habitación del ermitaño.

El santo hombre abrió y se quedó sorprendido al ver a la joven sola y en el estado de palidez y prostración en que se hallaba.

—¿Qué te sucede, hija mía? preguntó con ansiedad el ermitaño acompañándola adentro y cerrando tras sí la puerta.

—Un día, P. José, contestó la joven, me dijisteis que cuando fuese desgraciada en vos encontraría mi amparo. Me dijisteis, añadió con solemnidad, que seríais siempre mi padre. Soy desgraciada ¡oh padre mío! y no tengo más amparo que vos, y a vos acudo porque... porque querría morir. Diferentes veces me habeis repetido que seríais siempre mi protector. Sedlo hoy, pues lo necesito.

—¿Qué te sucede, hija mía? volvió a preguntar el ermitaño. Dímelo y nada me ocultes, pues aunque no nos une lazo alguno te sostuve en mis brazos recién nacida, y no tengo en la tierra otro cariño que el tuyo. ¡Abreme tu corazón, hija mía!

Olalla tomó aliento y dijo después de una pausa:

—Voy a confiaros un secreto que no es mío y juradme que a nadie lo revelareis.

—Te lo juro.

—Pues oid.

La joven contó al P. José lo que le había sucedido y lo que se exigía de ella.

—Van a casarme mañana con el joven de Queralt y esto no puedo consentirlo. He perdido para siem-

pre el amor de Aníbal Bertucci. Este mundo para mí ya nada significa. No puedo permanecer en él. Llévame a un retiro y, supuesto que he sido siempre desgraciada, haced que goce de tranquilidad en lo que me resta de vida. Que nadie sino vos sepa mi paradero.

—Y si yo saliese de este país, dijo el ermitaño, si dejando esta tierra te dijera: en Aragón, en Castilla vivirás conmigo, Olalla, ¿serías mi hija?

—¡Oh, sí, sí! contestó la joven besando su mano. En vos tan solo he encontrado una verdadera ternura.

—En un tiempo fui soldado, dijo el P. José, y entonces recogí un pequeño capital que me bastaría para vivir con modestia en cualquier parte. ¿Estarás contenta, Olalla, con una medianía?

—¡Oh, sí, sí! a vuestro lado hasta con la indigencia.

—Pues aguarda un momento, luego vuelvo.

Y separándose de la joven añadió:

—¡Don Arnaldo, todo ha concluído entre tú y yo! Cuando nació esta niña me fué entregada. Prometí en mi interior servirla de padre, pero como era de tu linaje te la entregué a tí. Tú no la has guardado ni la has tratado como debías; ahora entro yo, y esta niña me pertenece. Eres mía Olalla, y yo te adopto por hija; tú no me abandonarás en mi vejez.

—¡Nunca, nunca, padre mío! exclamó la joven. Nadie me ama sino vos.

—Hemos concluído ya de llamarnos con nuestros nombres. En adelante yo soy Oroncio Portal y tú mi hija María.

—Como mandéis, dijo Olalla; pero lo que con-

viene es partir; pues en la Cuadra me echarán de menos.

—Un momento y vuelvo.

Olalla se quedó sola.

Poco rato después estaba junto a ella un hombre ya de edad, pero que conservaba restos de una belleza que fué. Iba vestido como un labrador acomodado, empuñaba un mosquete y en su cinto llevaba una bolsa.

La joven se asustó, pues no le conoció al principio; pero mirándole despacio vió que aquel gentil labriego era el ermitaño, cuya barba estaba cortada y a cuyo traje resaltaba su aún hermosa figura.

—Vamos, dijo.

Y cogiendo la mano a Olalla, añadió:

—En el pueblo vecino encontraremos caballerías y un traje de aldeana para tí.

Los dos salieron de la ermita y el ermitano tiró la llave debajo de la puerta.

Al pasar delante del santuario ambos se postraron de rodillas.

—¡Perdón, Madre mía! dijo el P. José. Abandono tu casa para salvar a esta infeliz. ¡Oh, Virgen santa, sed nuestro amparo!

El ermitaño besó la tierra y Olalla juntó las manos con fervor diciendo:

—¡No me desampareis, Madre mía, pues no he tenido otra en este mundo sino a Vos!

Levantáronse los dos y se alejaron.

Pocos instantes después ya se habían perdido de vista entre las revueltas que hacía la cuesta por la cual descendían.

Entonces aparecieron como por encanto Ascaino de l'Acquaviva y Bembo do Conto.

CATÁSTROFE

—¿Has visto, Bembo? interrogaba el napolitano. ¡Per Satanaso que esto se presenta bien y nos saldremos con la nuestra! El ermitaño acaba de marcharse con la señorita y nos deja paso franco. El santuario está solo. La Imagen adornada con toda la pedrería para la boda que se prepara. El enrejado está cerrado, pero cogiendo una piedra grande y arrojándola con fuerza podremos abrirlo. Tomamos las alhajas y nos marchamos con ellas a Francia o a Italia.

—Muy bien, contestó el portugués. Vale más esto que cargar con aquel saco de huesos de doña Guiomar. Al avío y pronto, porque podría venir algún devoto y estorbar nuestro negocio.

—¡Silencio! dijo el italiano; gente viene.

Y se escondieron entre unas malezas.

Los que venían eran Aníbal Bertucci y don Ramiro de Queralt. Miraron por todas partes y, viéndose solos, dijo don Ramiro sacando la espada:

—Poneos en guardia.

El jóven Bertucci sacó la suya y empezó el desafío.

OBRA NUEVA

dedicada al republicano Nakens



Libro de 128 páginas

con cubiertas en colores

Véndese en todas las librerías de España